



Héctor L. Carrión

**DON ADOLFO DE OLIVA  
I PEÑAFLORES**  
EL HEROE DE LA CONSTANCIA  
I EL TRABAJO



*Novela Nacional*

PRIMERA EDICION

LOJA—ECUADOR—MAYO DE 1932

Imp. de EL TRIBUNO



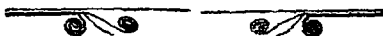
*Ala. Biblioteca Na-  
cional Quito*



## ERRATAS SUSTANCIALES

Pág.	Linea	Dice	Léase
5	15	color	calor
9	8	exitada	excitada
15	21	Manreal	Monreal
18	15	predecillo	pradecillo
19	16	lo	le
23	22	hambrados	hambreados
24	14	hijos dalgos	hijosdalgos
36	8	les	le
39	24	abraza	abresa
40	4	fue	fué
40	20	para	pára
41	3	descediendo	descendiendo
47	16	darle	darle
48	6	él	a él
50	2	a barlovento	barlovento
50	5	coje	coge
52	1	dumas	dunas
96	17	sonnambulismo	somnambulismo
91	27	s	sin

Las demás en que hay hasta omisión de letras, disimulará la benevolencia del lector.



## UN PROLOGO.?

Si esta obrita tiene de una Psiquis siquiera las alas de mariposa, será que tratando de aplastar a la oruga los despiadados, se interponga un compasivo, y favoreciendo las metamórfosis, concluya por darle el brillo de la existencia alada.

Una obra de un novel aun para concertar disparates literarios, y destituido hasta de un buen *perqué* de entendimiento, imaginación y sentimiento, y sin la ilustración de los que han pasado sus mejores años cerca de los maestros de las obras de inspiración y erudición, ¿qué puede ofrecer en este librejo, que no libro, mis amadísimos lectores?.

Quizás después de unas pocas páginas de lectura, le habréis negado toda acogida a mi raquítico engendro, y exigiéndole a mi pobre Adolfo, en el tribunal del excusado, la cuenta de su estulticia en querer figurar entre los leídos de coturno, me lo despellejéis crueles paulatinamente, para el servicio en que sólo pudiera descontaros la soldada del costo.

De indulgencia, y mucha necesita mi



desgraciada criatura para sacarla de pila: habiendo salido solamente con un ojo, y en la frente, rota de una pierna, y por ende coja, mal pueden encontrarse padrines; y dado que haya quien a ello por caridad se preste, muerta, después del bautismo, por la inanición de ella, indudablemente no le abrirán las puertas de la mansión celeste, y será arrojada del cielo por la rebelión de alzarse a desfilarse entre las bellas creaciones del ingenio ilustrado; y habrá de quedarse en el aire, entre los espíritus traviosos.

Mas, entonces, haciendo, por lo menos, de hijo adoptivo de Neptuno, habéis de verle lloviendo la abundancia en la Tierra, nuestra común madre, y enseñándonos a explotarla por una pujante agricultura. Y así, no me lo notéis reparando en sus desvíos por los mundos de Aquel de la aljaba llena de flechas encendidas; porque siendo de carne y hueso el personaje de esta mal acetada historia, por la ineptitud del autor, era natural que se rinda a los atractivos del bello sexo, ante el cual hasta un David cayó.

Si a questo libejo, con sus desmanes, se va pues por su pobreza, a pecho descubierto, a caer en pedazos recibiendo los agudos dardos del bien templado arco de la inflexible crítica del saber, me permito, avisado lector, haceros el reparo de que al menos no encontrareis en él la espantable cabeza de una Euménides, ni los látigos de serpientes y antorchas

infernales que llevan consigo; como tampoco descubriréis en él un corazón maligno y cruel, que se goce en causar males: no, siquiera tienda a reprobarnos las indignas muletas, a los gobernantes ineptos y la espada en malas manos.

Se limita, pues, a indicar que en muchísimos sientan mejor el azadón y la azada.

**H. L. Carrión**









BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO - ECUADOR  
COLECCION GENERAL  
No ~~10799~~ NO 1994  
PRECIO \_\_\_\_\_ DONACION \_\_\_\_\_

**DON**


0005003-J.

**ADOLFO DE OLIVA I PEÑAFLOR**

**EL HEROE DE LA CONSTANCIA I EL TRABAJO.**

**CAPITULO I**

**EL SR. DEL PENSIL EN SU COMO CASTILLO.**

 LA otra parte de los mares se descubre en una comarca una heredad que al Noreste principia en una colina, donde se recuesta una llanada que, dilatándose por el Oriente, da en un cerro que le cierra el paso; mientras deteniéndose al pie de una alta, como

ancha peña, ofrece a la vista, en el horizonte del mar del Este, un miraje si encantador, imponente con el contraste de un accidentado, como sombrío bosque, en cuyo suelo descansa la *peña*, a modo de un gran balcón volado en un abismo, en el cual se extremece la espesa montaña, con las como cataratas de un río caudaloso, que precipitándose busca el llano, y encontrado calma su torrente, que ya tranquilo, por dilatadas cuencas que sustentan ciudades, se deliza al Océano.

Como desprendiéndose de la cima de un peñasco descende por una vertiente un pequeño río que, rodeando por el Occidente la colina, cruzando sus faldas, se dirige con alguna velocidad a confundirse en las aguas de aquel, navegable en parte.

Cediendo el terreno al curso de los ríos, se forma un triángulo con el vértice donde se unen; i así, la heredad semejante a un diminuto Palas, bañada por sus costados i provista por el trabajo de dos buenos canales de agua, brinda con la fertilidad de su terreno i del riego,

los productos de sus sementeras, plantíos i ricas dehesas, en que pacen cien cabezas de ganado, del cual la caseña reposa en la rica despen- sa en grandes i amarillentas ruedas, que están suñando generosa mante- ca.

No desmontada aún la colina de uua buena parte de su primitiva montaña, conserva un bosque cuyo follaje con la agitación del aire atenúa el calor de los rayos abrasa- dores del sol de la pampa; i así, en tanto que la colina con la verdura del pasto que, del bosque a la lla- nada se sigue, hace de un lujoso respaldo de verde terciopelo, el fol- laje sirve de un precioso abani- co.

Puesta a la cabecera de una ve- getativa hoya del río, presenta un horizonte, que es un poema de la na- turaleza i levantada la casa en la alta peña, bien puede pasar por un regio castillo. De éste, que su due- ño denominara *El Pensil*, se domina el magestuoso río hasta más de mil metros, desde donde las sinuosidades del terreno lo ocultan para siempre

a las miradas de los que están en la peña, que de dos metros abajo, va perdiendo su posición vertical hasta su base.

En el terreno sobrepuesto a la ancha peña, se asienta la solariega casa de dos corredores: el uno al Oriente de quince metros de longitud, tres buenas piezas i el frente al Occidente en cuya línea se alza un muro de esa extensión; i al Norte, en escuadra con el anterior; el otro de Oriente a Occidente, que mira al Sur, i es de diez metros con dos piezas, el zaguán al medio, i cierra el cuadro una balaustrada que, por tan al borde de la peña, parece [volada.

El muro de la altura de unos dos metros es de sillares que perfectamente unidos forman una buena pared resistente i de un espesor de ochenta centímetros.

A un jardín se presta la comodidad del muro, i en efecto, se cultivan en él flores que roban la vista con sus hermosos colores i plantas trepadoras, que están descolgándose en randaes y festones, que lucen la

seda de sus flores con sus atrayentes matices. I la balaustrada de balaustres también de piedra, habilmente torneada, que sostiene una mesa de lo mismo, es del espesor de diez i el ancho de treinta centímetros i de un metro de alto; i penden de ella muchas i juguetonas madreselvas i enredaderas que, descendiendo por el plano inclinado de dicha peña, se extienden entrelazadas por toda ella, ostentando por lo vistoso de sus flores, salpicadas de variados colores, i su terciopelo, un inmenso manto regio, que así suaviza el color, como perfuma el ambiente de la estancia.

I en esa como opulencia, se ve de lejos en la alta peña la vistosa casa, como suspensa en los abismos.

Allí, en el corredor que da el frente al muro suele sentarse las mañanas, en una silla de madera i cojín en el asiento, un señor de una estatura, como de unos seis pies, de buena contextura, talla configurado, rostro perfilado i de alcurnia, según su continente.

Por los pliegues del semblante, se aproxima a los sesenta; mas los de su tiempo afirman que no se deben las arrugas de su piel a los años, sino a los desatinos del Destino, que se da sus pasatiempos con algunos hombres, sometiéndolos, como a dicho señor, a los padecimientos de las vicisitudes i contrariedades de obligadas aventuras; i por último, que es un avejentado de más de cuarenta años y no un viejo.

De un libro en manuscrito que, al parecer examina sobre una mesita, se le ve trasladar algo a un cuaderno en blanco, acentuando en ciertos momentos, lo desapacible de su fisonomía que, diciendo está lo que en su alma ha pasado ese hombre, como revela en las pronunciadas huellas del sufrimiento, su formidable lucha con las terquedades de la fortuna, las injusticias de los hombres i el capricho de los hados.



## CAPITULO II

### EL HOGAR PATERNO DE ADOLFO EN MURCIA. SU PAIS NATAL.

SUS contemporáneos refieren que allí vió la luz primera, como por el año de 1779, creció en el regazo de sus padres, en las comodidades de una buena fortuna; una casa elegante, situada en una de las principales calles de Murcia, i una hacienda denominada *La Concordia*, en que abastecían las dehesas para mucho ganado caballar i vacuno; i que producía en cereales i uva lo suficiente para ser un rico i rentar buenos administradores.

Sus padres, don Juan de Oliva i doña Olimpia de Peñafloz complacidos se remiraban en ese rico pedazo de sus corazones, fruto más de sus oraciones i promesas a *Nuestra*



*Señora* de *La Maternidad*, ¿que de su fecundidad; i por lo mismo, su hijo único, según relatos de vecinos.

Su desarrollo aventajaba a su edad, i a los seis años, lo pusieron a la Escuela de la Hermandad de los Verdes, fundada, por allá, el año de 1767, conforme a los fueros de Sierra Morena, que establecían para cada Concejo la enseñanza de lectura, escritura, Moral i la Doctrina Cristiana.

Dirigía la de Murcia el hermano Casiano, i se enseñaban prácticamente la lectura, materializando en yeso las letras, i con el ejemplo, el amor a la Patria, el respeto a los Magistrados, a la vez que inspiraban a los niños los sentimientos de gloria i arraigaban en su alma las máximas de la justicia, sin descuidar la gimnástica, como que somos el compuesto psíquico—físico.

Los de mayor edad a él dicen que hasta los quince años, en que vivió con su padre, don Juan de Oлива, era un chico de apacible rostro muy expansivo y de mucho donaire; i que, habiendo pasado por el

fallecimiento de don Juan, que sobrevivió a su esposa, como dos años, al cuidado de su tío don Ramón de Oliva, en cuyo poder quedó también la fortuna del huérfano, principió éste a padecer, ya por lo adusto de don Ramón, como por su codicia exitada con la idea de que sin el sobrino, esa fortuna era suya.

La edad de la adolescencia fue para él como la de un día esplendente por la mañana, i a la tarde envuelto en nubes de tempestad. Desde que vino al pupilaje del indolente tío, añaden los vecinos de éste que *el chico Adolfo* comenzó a declinar de su buen humor, i a extenuarse al punto que a los pocos años, demostraba que desde tiempo ha, *le había visto la cara a la necesidad.*

Agregan que, no teniendo a quien volver sus ojos, desde que perdió a sus padres, i en especial, a su buena madre doña Olimpia de Peñaflor, mujer de alma, de gran fondo i perspicacia, hubo de subordinarse a los desafueros de la fortuna, cogiéndose de espaldas para no su-

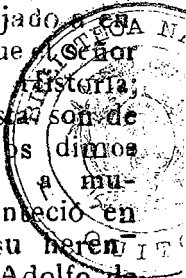
cumbir, cual su madre se lo anunciara al morir i darle la última bendición; porque siempre porfió con don Juan, que no se fiara de don Ramón, quien por sus cuentas con la codicia, no las tenía con los sentimientos de humanidad; i que mal piensa en dejarle a él el cuidado de Adolfo i su herencia, si a desdicha llega el caso.

I concluyen, que las carres con que, con la vida ha recuperado las fuerzas, i la fortuna adquirida, sólo dan testimonio de que: "Buen corazón quebranta mala ventura"; que si le vió la cara a la necesidad, no se la conoció a la pusilanimidad; i que la de él no la volvía atrás, como hijo de su madre, así hubiese de dejarla en el lance; i que aún a doliente a su denuedo cedían los imposibles.



### CAPITULO III

#### SU PUPILAJE EN ALBACETE, RESIDENCIA DE SU TIO DON RAMON DE OLIVA.

**A**BIENDONOS dejado  tender este relato que el Señor del Pensil era un hombre de historia; i como las narraciones de ésta son de ejemplo para los demás, nos dimos a averiguar a uno, a otro, a muchos, acerca de lo que aconteció en casa del tío i del fin de su herencia i del rumbo del joven Adolfo de Oliva.

Al fin, yendo de paseo a una como alameda natural, en un borde de ésta nos topamos con un letrado de aldeas, de no tan buena ralea que, leyendo un cuaderno en manuscrito, movía de rato en rato la cabeza, i le dijimos que si podía decirnos algo de lo que aquel cuaderno contenía:

i como había estado deseoso de hacer participantes a otros de lo que él leía, se destapó como gas comprimado; i con humos de abogado, nos manifestó anheloso: que él en el caso de don Adolfo, con el juicio de cuentas le hubiera hecho sudar el hopo al avaro de don Ramón de Oliva, que por alzarse con la fortuna de su pupilo, le había obligado a embarcarse en tiempo de tempestades i guerras, exponiéndolo a un naufragio seguro. Al oír esto faltando a la educación, le arrebatamos el manuscrito, que es una copia; i vimos que en la portada decía: "Mis aventuras desde mi orfandad", i termina con el nombre: "Adolfo de Peñasflor».

Como solamente en el uso del apellido de la madre estaba lo extraño del caso, no vacilamos en solicitar del desconocido la venta del cuaderno, que contenía a no dudarlo la autobiografía de don Adolfo de Oliva. Lo obtuvimos en algún precio i he aquí, en compendio, una fiel narración de su existencia agitada.

Con el fin de la vida de sus

padres, debía pasar al cuidado del tío, quien casado con doña Rosa de la Huerta, vivía en Albacete, de donde era la señora; i aunque, llorando tuvo de salir de la casa de su suelo natal, a poco de haber llegado a la pubertad.

Abandonó, pues, con el cielo de Murcia, en el cual para él había más i mejores estrellas, el bien dirigido Colegio de la Esperanza, en que estudió Humanidades con buen éxito; i como allí, para suministrar las temas fáciles, tomados ya de las plantas, bien de los insectos, para las composiciones literarias, los hacen estudiar, con la Retórica, Compendios de Historia Natural, adquirió de ésta nociones, que amplió por especial afición, i que le valieron mucho en lo posterior, según las circunstancias en que la fortuna, antagonista de la liberal naturaleza, suele poner al hombre, i él hubo de verse.

Aunque, en la hacienda *La Concordia* del finado don Juan había holgura suficiente para la buena industria de la agricultura i un hon-

rado i laborioso Administrador, que cuidaba en el fundo hasta de la vajilla, no se dió por satisfecho don Ramón; i a pretexto de la distancia —treinta i seis leguas— que se salva en unas veinte horas de carruaje, hizo conducir todas las existencias a su estrecha posesión de Albacete, i confundió con los de él los bienes del sobrino; i por último, siendo codicioso lo suficiente para ser avaro, i pésimo curador, vendida **La Concordia**, aumentó con el precio de ésta i sus existencias el capital social de una compañía con un comerciante de Flandes, para la exportación en mayor escala de habas de San Ignacio i almendras amargas.

La señora de la Huerta, un tanto liberal, i bien cimentada en las máximas de la justicia, viendo que su esposo pasaba de los términos de ésta, i rayaba en los de un escandaloso detentador de lo ajeno, reprochó su proceder; i como había simpatizado con el huérfano, por ser de buena índole, i en especial, por venirle secundando su afición al cultivo de un huerto, lo más de rosales

al que él le trasplantara de un bosque la *centifolia* i la *siempre-florida*, nombres, que a los oídos de ella fueron como el canto de un cisne, no tardó el ya mancebo, gracioso en todo, en atraerse el cariño de la tía política, si al principio, un tanto huía para él.

Duro don Ramón, con las entrañas de la codicia azuzada en él, por la concurrencia en sus manos de la bien codiciada fortuna del difunto hermanito, atropelló todo fuero, llegando a imponerle al sobrino—pupilo el uso de un vestido de tela a que no estaba hecha su delicadeza, una comida que de frugal era la de un doméstico, i hasta el abandono del calzado; i lo que es más, la separación de los estudios, reanudados en el Colegio de Manreal, de Albacete.

Si la venta de *La Concordia*, exaltó la honradez de doña Rosa, i a ella se sustituyó la *Discordia*, ésta tomó insólitas proporciones con semejantes órdenes, i hubo de salir la señora por la justicia atropellada, la orfandad defraudada; i así



tercero de la justicia respetuosa con la codicia insolente fue grave; i lo fuera en sus resultados, si a la primera no le cediera el puesto la segunda, desistiendo de su audaz empeño.

Así, pues, el joven debía continuar en el Colegio, i con la decencia de su posición social, en el que iba alcanzando un notable aprovechamiento especialmente en la Poética, como en la Zoología de la cual la materia de los insectos era de la preferencia del joven Adolfo.

En lo de la poesía, menos le iba en zaga a los condiscípulos de buenas aptitudes para el divino lenguaje; i como priva en esos Colegios la sentencia de que un estudiante aprovechado, que no hace versos, es una flor hermosa, pero sin fragancia; i la de que, el que no se ejercita en la poesía, no sabrá nunca hablar bien, el profesor de esa Asignatura, se empeña en ejercitarlos en élla, ya en prosa o en verso.

En una de las clases se les dió en ensayo el tema de escribir en

redondillas lo que cada uno sienta,  
i nuestro colegial presentó su com.  
posición, que dice así:

## Mi Orfandad.

---

---

Tocando a la pubertad  
La muerte arranca del suelo  
A mi madre, que era un cielo;  
I comienza mi orfandad.

En la aurora de mi vida,  
La cruel me arrancó la una ala;  
I a los quince me desala,  
Con su guadaña homicida.

Envidiosa de mi suerte,  
La otra ala me arrebató;  
¿Que, sin padre me dejó  
Esa furia de la muerte!

No dejaron de parecerle bien al profesor estos versos, i le amonestó a él i a todos que procuren tocar las cuerdas del sentimiento por la herida, y revolver el Diccionario para la soltura de la rima; puesto que la poesía era la expresión, en buen lenguaje, de la pasión, i los sentimientos personificados por la imaginación.

Después tomando de la Zoolo-  
gía el tema, les dió el de una descripción de los insectos, i Adolfo lo desarrolló así:

“De paseo en un predcillo acerté con un vivero; i en él ví: que, cual en un palacio de Rey, se paseaban bellísimos i variados insectos en la alfombra de grama que cubre el suelo; en un arroyo, sin hundirse, como navegando magestuosos; en las flores, como regalándose con el vino de la miel de sus cálices; en las gotas del rocío que temblaba en sus pétalos, a modo del que toma el agua que el paladar pide después del dulce, i en el aire que agitaban tenuemente con los diminutos abanicos de sus preciosas alas. I

era de verlos que se revolvían en las arenas del arroyuelo, como arribando al puerto del navegante, i lo que danzaban i se arremolinaban en los rayos del sol. Por su vestuario el de los reyes los envidiara: llevan coronas brillantes, vistosas *prominencias* de plumas, ricos diademas, tocas pomposas, ropaje centellante, esmaltado de rubíes, amatistas, topacios, diamantes y zafiros, i lo más que nos ofrece de rico la naturaleza”.

Aprobó el profesor que, según dicen, se llamaba Luis Malvas i era de Teruel i aun premió la pieza para estimularlo, si bien lo recomendó variedad en la redacción i buen cuidado en la elección de las palabras; así le dijo que deje las vistosas *prominencias* de plumas en vistosos penachos.

Parecía que las musas lo habían prohijado, i que en su orfandad éllas lo acogían a su tutela; i que, si no llegaba al mismo profesor en la redacción, se lo llevaba con la inspiración.

El joven Adolfo era de esperanzas, i un buen porvenir le ten-

día los brazos: de buenas facultades para las letras, joven de alcurnia, bien apuesto, de talento, con vena poética, estudioso y de fortuna, el mundo era de él. Mas, no fue así, por no llevarse bien la fortuna del patrimonio i buenas cualidades con la del Destino, que le había deparado otro camino.





## CAPITULO IV

### **SU TIO LO DEDICA AL COMERCIO I SALE PARA FLANDES.**

Venía el codicioso padrastro de don Ramón de Oliva represando en sus adentros, con sus egoístas intentos, la indignación mal disimulada para con su sobrino, desde que a ellos se opuso con justicia, la honorabilidad de su esposa; i discurriendo sobre los medios de cortarle la carrera; porque se decía así mismo: si en mal de mis planes, adopta este leído la profesión de abogado, ha de pedirme cuentas de la curaduría, i se indemnizará hasta con lo mío; i vendrá a menos mi reputación, i me restará del buen concepto social tanto, que quizás venga a la mitad, i aun menos, amén de que mi socio en Flandes, don Torcuato Lodi, des-

confiando de mi, se decida por la liquidación de la Sociedad.

Estos pensamientos revolvió entre sí, al punto de desvelarse de continuo; i así, una noche que con más frenesí le saltaron, dejó el lecho que se le hiciera el Toro de Falaris, y se puso a leer *El Duende de los Cafés*, de Madrid, de oposición al Rey en el cual, entre otras cosas, leyó que el Monarca, con la política adoptada, «Optimista sabiamente al pueblo para debilitarlo». Paró mientes en ésto por unos momentos, i se dijo: desde mañana lo hago sudar al estudiante en recibir las cargas de habas de San Ignacio i de almendras amargas, *que bien han de amargarle*, pesar, empacar i llevar el Libro de las entradas y salidas

No pudo irse a la mano para diferir, ni por pocas horas tan *feliz* determinación; i muy de mañana, antes que salga al Colegio, le previno que falte a él ese día, que él hablaría con el señor Malvas, acerca de la licencia; i que se quede a recibir los sacos de habas i almendras,

que hasta las ocho eran de llegar; i después de pesadas i acondicionarlas, remitirlas, sentando en el Diario el egreso.

También le dijo: "Quiero que sepas que te quiero como a mi hijo, i por ser la única prenda de mi hermano, que soy tu padre; i como hasta aquí no tengo hijos, i talvez no los tendré, con vos ha de quedar todo: ayúdame a trabajar, i más que todo aprende a negociar en el comercio, saliendo a los puertos, ya que viajando se aprende más que estudiando".

Hasta esto, había venido haciéndole a la esposa ya la observación de que el colegial concluiría por tomarles cuentas de su herencia por sí, en siendo abogado, i si no, por medio de otro, que no tardaría en aconsejarlo; porque de estos hambrados de toga, hay hasta amanuenses, sea la de convencerla que mejor era dedicarlo al comercio, uno de los medios más seguros de hacerse rico; puesto que los doctorcitos llevan revueltos a todos, ora suscitando juicios que roen las fortunas, ora poniendo en juego



su politiquilla de cocina, para arrebatarle al padre, al hijo, al hermano, al benefactor, al amigo un destino, hasta de *plumario*.

Convencida o no la señora de la Huerta, o quizá por no altercar más con el esposo, vino en ello; i en consecuencia, el joven Adolfo, aunque sospechaba de la sinceridad del taimado tío, i le dolía en el alma dejar por las habas, la nuez vómica i las zarazas, la lucida carrera de las letras, i mas cuando, por su posición social, sería Alcalde de los hijos dalgos, i hasta Diputado a Cortes, cedió a esas sugerencias, que venfan a cortarle las alas de sus aspiraciones, como la muerte le arrancara las que en sus padres tuvo.

Fuese, pues, con el alma atormentada al Colegio a despedirse así del personal de sus Superiores como de estudiantes, que sintieron profundamente la separación inesperada del simpático joven Adolfo. La noticia fue un rayo que recorriendo los claustros del Colegio, levantó en él, como un sólo llanto, i así fué, que llorando ellos las lágrimas de él, i

El las de ellos, se dispidió para no volver a verse más con su caros compañeros de estudio i de genialidades.

A los pocos días de acordar el ejercicio del comercio, que el alma hasta de poeta de Adolfo rechazaba frenética, i de obligado a cambiar las medidas métricas de la rima, con la romana i la vara del frio comerciante, lo hacía tomar con el ensayo, las prevenciones del caso para los viajes, i dar principio, con el comercio de géneros, al para él tan nuevo, como extraño de la vida del comerciante.

Lo tuvo trabajando hasta en las noches en la recepción i remisión de cargas i más trabajos anexos al tráfico de exportación, de modo que, fatigado cayó el pobre joven que, en el sueño del natural descanso, parecía un cuerpo inerte que no despertara, ni aplicándole el fierro candente que, a un cadáver; no pudiendo resistir a tanta fatiga, tres meses, de Setiembre a Diciembre, cayó gravemente enfermo con una fiebre proveniente de una entéritis; i el médico que le asistía desesperaba del buen éxito de la curación, a la que no sólo no contri-

buía don Ramón sino que disimuladamente, con la incuria en atenderlo con los medicamentos, a fuer de muy ocupado, intentaba el desgraciado desvelarse de la enfermedad.

Tras de defraudarle la hacienda, de burlarle sus aspiraciones i de frustrarle su buen porvenir, cuando evidentemente no tenía ya que temer, la suspicacia de la avaricia, por unos pocos de la vida del sobrino desheredado; i fue así como, después de su difícil i larga convalecencia, que duró hasta Marzo, dispuso el criminal tío el primer viaje a Flandes; pero debía hacerlo por Cádiz, para llevar de allí una cantidad de almendras amargas que con un depósito de habas que tenía en Porto era de completar la obligada remesa.

Salió a ese puerto el veinte de Marzo de 1799 i por un mal suceso de la diligencia, llegó el veintiseis a juntarse con sus almendras amargas que, en unión de las amargas vicisitudes que le estaban reservadas, igualarían a la amargura de la hiel de sus desventuras.

## CAPITULO V

### SALE ADOLFO A MALLORCA—VIAJE BORRASCOSO

La historia de tales desventuras, que al fin había de premiar el esfuerzo, está muy cerca de la verdad, si no es la misma.

Es el caso que el de nuestra cierta i triste narración, desde que salió de la casa de su padrastro, que no tío, iba pensativo, pensando en el sentido de las palabras de la señora de la Huerta, que, al despedirse de ella, le dijo: «¡Ay, Adolfito, me angustia tu viaje, que a la porfía de Ramón se debe, si te volveré a ver!». De hoy en adelante, mas bien llevaras el apellido materno.

Llegado a Cádiz, lo alcanza un propio con un *papelucho* del tío, en que decía: «He comprado en Mallorca otra cantidad de habas i almendras, past

primero para allá en el bajel Costero a recibirlas en la Aduana.

El Capitán de éste, que solía buscar pasajeros i ofrecer su viejo i más de servir, ya achacoso bajel, llegado el joven a él, sin esperar a que le pida pasaje, se anticipó en ofrecérselo, manifestándole que era muy seguro, cómodo, barato i rápido: que muy pronto arribarían a Mallorca, a cuya navegación estaba especialmente destinado su *buen buque*, confirmándolo de tal.

Nuestro novicio comerciante, que a otra cosa no fue, a embarcarse en el famoso buque se dispuso. Hubo, pues, de dirigirse a Mallorca el veintiocho de Marzo, entre una escasa tripulación, que en breve lo consideraron como a un viejo amigo i particularmente un joven que le dió por nombre el de Alfonso de la Marca, i se había dedicado a los estudios de naturalista.

Al oír esto, entusiasmado le preguntó que si al tratado de los insectos, i le contestó que sí, i aun andaba en busca de los más raros, que los pagaba muy bien.

También es de mi especial atención ese estudio, añadió Adolfo, e iba a continuar en el tema de su agrado, cuando a la salida del caño, de Santi Petri, un navío de línea de la flota inglesa, en guerra con España, el cual iba en pos de un jabeque español, embistió por la proa, hacia estribor, al buque, de modo que lo dejó cabeceando, al punto del peligro de zozobrar. Continuando, al llegar al temible bajo de Aceitera, lo cogió de babor un navío de línea español, que a toda vela seguía al inglés, i dió con el pobre Costero en el bajo, donde vino a vararse, i a embate de las olas, casi que allí vió su fin el ponderado bajel.

No hubo ninguna otra incidencia hasta las aguas de Valencia, en las cuales un viento del Oeste las agitaba tal, que los marineros vieron en ello un mal preludio; porque decían que esos vientos recorrían veinte metros por segundo i eran de los muy fuertes.

Por momentos se elevaban las olas i formaban como una gradería que debía escalar la nave que, así como ascendía por un costado, se veía

obligada a descender bruscamente por el otro, sufriendo fuertes sacudidas; i más aun, cuando en los descensos era precipitada en los anchos surcos, que los tumbos de agua empujándose unos a otros abrían, como cavándole la aterradora fosa sepulcral; i así, ora desaparecía en el tremendo oleaje, ora surgía de su seno, i bien ondeando, sea undulando parecía sumergirse de proa unas veces, i de popa otras, i así de babor, como de estribor; dándose de quilla, en loco vaivén; ya se perdía en los abismos.

Los marineros se van en sudor por ganar barlovento, orzando sin descanso, se empeñan en vano en adelantarse la derrota, navegando de bolina. El timonel se esfuerza en estrechar el ángulo de la dirección de la proa i la del viento, le exige al timón más de lo que puede; porque el ímpetu de aquel imprime a la nave un rumbo que por sotavento había de dar con ella en un bajo próximo a las islas de las Hormigas.

Son las once de la noche, i de una noche tenebrosa, como los negros abismos, dispuestos a tragárselos; i el

viento no cede i se ven en las soledades del mar luchando con la fuerza de los dos poderosos elementos, i sin remedio en lo humano; i no obstante, viene en fin a sentirse que algo sucede en el mecanismo del timón; las maniobras entorpecidas dejan entender un desperfecto grave; se acerca, observa i ve el maquinista una lesión de cuenta: se ha arrancado uno de los palanquines del pinzote. (de esta construcción había sido la nave), i exclamó: «Estamos perdidos!»

La tripulación, cuyo semblante era la encarnación de la angustia, se deja llevar del pánico, se atropellan buscando su salvación, i el joven Adolfo, que con incurable mareo pagaba el noviciado de la navegación, es atropellado, cae de los peldaños a la primera cubierta, pasan por sobre él, que en el piso de ésta queda tendido, como sin sentido, i se lanzan a los botes en medio de esa lobreguez aterradora. Queda en el cojo i casi desgobernado barco el timonel i maquinista, el atropellado, una señora de edad acompañada de una joven i el joven de la Marca, que no había per-



dido del todo la serenidad.

A obra de la una de la mañana, disminuye con la intensidad del viento, la del peligroso vaivén; se alienta el timonel, hace examinar si admite una compostura provisional el palanquín roto i el estado del otro; y como admitiese, la efectua; i viendo que podían continuar, se deciden a darle impulso a la máquina; pero, al romper en el bajo el agua dio en él con el buque por la quilla.

Hasta esto, el joven Adolfo, atendido por la comedida señora, había convalécido, subió i se encontró con el amigo de la Marca, que se sorprendió agradablemente.

Maniobran lo que pueden para sacar el bajel que sembrado allí oponía fuerte resistencia; i entre tanto notan que por un pequeño orificio entra el agua en la costilla del casco, i el peligro que se les viene, i se apresuran a prevenirlo. Vuelve la intranquilidad, i ¡aun no son más de las tres de la mañana!; el timonel recomienda al joven de la Marca que se esté a ver por donde asome algún auxilio, i estando a la mira

en e-e espacio sin horizonte, por lo cargado de densas nubes, divisa a lo lejos una luz que venía como de Castellón, llama al amigo Adolfo, al maquinista, a todos para que le ayudea a ver si es la luz de algún buque: si se aleja o viene; todos paran la atención, i cuando se convencen que viene hacia ellos, recobran la serenidad i ven en la apenas visible trémula luz, diminuta como una estrella, la de su salvación; vuelven a las maniobras, se ap estan a partir i dan los toques de alarma, para que los de la nave que venía redoblen, si es posible, su andar.

En fin, llega, se aperciben los de su marina de la desesperada situación de la encallada nave, le tienden una maroma, la toman para remolcarla, i ora con palancas, ya de remolque la desprenden del banc de arena, i siguen con rumbo a las Baleares, i aunque el de la nave salvadora se dirigia a Denia, arriban a la bahía de Palma, en cuyo fondeadero los dejan.

Después de tal arribo, parte una goleta en busca del Capitán del **Cos-**

fero, i de los que con él se fueron.

El joven Adolfo salió luego que pudo para Mallorca, despidiéndose del de la Marca, que allí quedó, no sin convenir antes en volver a encontrarse en Cádiz.

Para partir, Adolfo, que sea por gratitud con la mencionada señora, o por haberse impresionado con el mirar de la joven, no las perdía de vista, cuidándose mucho de salir con ellas; pues, la niña frisaba con los quince; i, como que los ojos le tenían el alma, se atraía con el poder del imán a los que con los de ella, encontraban los suyos.



## CAPITULO VI

### EN MALLORCA.—SU ALOJAMIENTO.— LA DESPEDIDA.

Ya en la Palma de Mallorca, la señora, presentándole a la niña como nieta suya, lo invitó a su casa, denominándola la cabaña, la cual un poco afuera de la ciudad, en un pradedillo, había sido construída para morada de ella, al abrigo de unas colinas i junto a un arroyo que, por nacer en un peñoncito denominado El Pilar, tenía el nombre de arroyo del Pilar.

Fuéronse los tres camino de la cabaña, las dejó, conoció a donde había de regresar i volvió a la ciudad a recibir las almendras en la Aduana; el Aduanero se sorprende, pregunta a los subalternos si han llegado alguna carga de ese artículo para

alguno, i le contestan que no ha habido ni aviso de tal carga; saca Adolfo el papelucho del señor de Oliva, i viéndolo el empleado de la Aduana, le dice: parece que hay un engaño, i escríbale a su patrón lo que ocurre. No es patrón, le contestó; pero les escribirè....., i se estuvo a recibir la contestación; mas, a los diez días, recibió el administrador, que dizque se llamaba Pánfilo, una carta de doña Rosa de la Huerta preguntando, si es verdad el naufragio del gastado Costero, en el cual debía de ir Adolfo de Oliva.

Este, informado de ello, i hecha a don Pánfilo una ligera narración de lo ocurrido, salió emocionado, i a una se le agolparon mil pensamientos que su mente turban; ve en el proceder del tío una villanía; el plan tirado para deshacerse de él; i desde ese momento, con el parentesco renunció hasta el apellido, que quiere olvidar para siempre, i se llamó Adolfo de Peñaflor, adoptando el de su madre. Vuelve i revuelve ideas sobre el partido que ha de tomar, rechazando como un mal pensamien-

to el de llevar a término el objeto que allí lo había traído, i sólo piensa en buscar su vida en el propio trabajo.

Regresó a la pintoresca mansión, donde vivían las dos: la señora que se llamaba Lucinda Flores i la nieta, María, que dejando su apellido Montemayor, por el simpático nombre del arroyo, se *apellidaba* del Pilar; i tanto más halagueño era el sitio, cuanto que prosperaba muy bien la uva i ostentan allí las aves e insectos sus hermosas alas. Recibiéndolo con demostraciones de un afecto sincero, la señora le arregló una pieza, en la cual se hospedó.

Si bien la nieta, al haber de verse con él para servirlo, mostraba el desdén de su sexo i edad, obedecía con buena voluntad a su abuela en todo lo que al servicio del huésped concernía. Pasó once días en ese memorable retiro, que en gran parte calmaba su ansiedad, aunque dominado de la idea de lo que de él iba a ser.

Invitado al día siguiente del arribo a La Palma, a salir a conocer un

pequeño huerto de frutales, salió con la señora, que dejó en casa a la nieta, que por su talle proporcionado i bien cimbreado cuerpo, su rostro perfilado i la nobleza de su porte, bien se comprendía que la trigüeña era de buena alcurnia.

En la agitación de Adolfo, dada su situación no era de suponer la pasión de la estética, pero era joven i poeta!; i Maria del Pilar llevaba en sus negros ojos las centellas del rayo que fulgura en el seno de la negra nube; en la esquivéz de su pudor, el candor de la paloma; en sus gracias, la seducción, i en todo, el poder de la simpatía que cautiva. Así, pues, a la una agitación se unió la de la naciente pasión, que no había de morir en su cuna.

Mientras iban, conversaban ya de lo borrascoso de la navegación, ya del motivo que lo había traído a Mallorca, sea del siniestro intento de su tarsante tío, que bien había revelado el malvado propósito de librarse de él, para llevarse su herencia.

Por su parte, la señora le daba a entender que debía desistir de su

regreso, i comprar un campo vecino de su estancia, que no costaba mucho, i emprender en la agricultura; i que ella lo serviría proporcionándole la habitación, i en lo más que pueda. I Adolfo, bien con el pensamiento en su incierto porvenir, bien con la imaginación en la seductora nieta de la señora, no acertaba con lo que debía resolver, i se contentaba con contestar: «Eso es lo conveniente: don Ramón me ha mandado a la muerte, necesito una compañera de mi vida.».

Piensa unir su suerte a la de María cuyos ojos centelleando, como el relámpago del rayo que estalla en las nubes de tempestad, le iban tomando el corazón i encendiéndolo, llevándolo al incendio del fuego caído del cielo, que hendiendo los aires llega en la montaña, se apodera del duro corazón del robusto y verde roble, lo abraza y vuelve en cenizas lo que el común fuego hacer arder no puede.

El día del regreso i de la triste partida, siendo de embarcarse por la noche, sale sólo al huerto a esperar



círse un momento; i en esto ve una linda mariposa en un rosal, se prenda de ella, va a cogerla, i ella de un vuelo fue a parar en otra planta, que a bastante distancia estaba, la sigue, la ve en ésta mas de cerca, i conoce que es una preciosa danada de antenas i patas de oro, alas de rubí, cabeza de topacio, ojos de safiro, tórax de amatista i abdomen de diamante; i el entusiasmo de cogerla i hacerla suya lo enajena; i la huraña, haciéndole quites, lo lleva por una de las colinas, sube él, la vista en ella, sin dejarse detener por las asperezas i matocrales, i forzando a los espinosos que quieren retenerlo en las uñas de sus espigas, se rae la ropa, aun se le rasga, rasguña las manos; pero él no para un momento. Mientras él sube, descansa la hermosa buriona en una rama de un arbolito del borde de una pendiente, llega allí i ella no se mueve; él con tino va extendiendo el brazo, por entre los arbustos, lleva la mano ya muy cerca; i entonces principia a aletear, como por des. haceree de algo que la detiene, él ya

la da por suya; pero el aleteo le impide cogéla, i en esto emprende el vuelo, descediendo

Entrale a él como fiebre, viendo que de las manos se le escapó; i como le engañó la ojarazca, da un paso más creyendo que había piso firme, i desciende rodando por las asperezas, golpeándose en las malezas i magullándose, i al fin cae en un pantano que había habido allí; quiere pararse i empieza a hundirse, se esfuerza por salir y se hunde más. Se considera perdido; sólo en ese vericuetto, un movimiento más i se sepulta; en su ansiedad, alza los ojos i en un árbol próximo ve una rama de alguna resistencia sobre su cabeza, si bien exigía para cogerse de ella un salto, como de una cuerda, sobre estar un tanto aprisionado en el fango.

La situación es angustiosa: del salto que debe dar, dependía su vida, si lo yerra, no cuenta con ella; hace, pues, ensayos imaginarios, i al fin, haciendo un esfuerzo supremo, da el atrevido salto, luchando con el lodo que lo detiene i el peso de su

cuerpo, se cuelga de las manos i braceando llega al tronco del árbol, que era un castaño, i se salva.

¿Y la danada, acaso esquivada como María del Pilar, donde está? ve a uno i a otro lado de unos pasos i la encuentra en una lagunita limpia, navegando en unas ojitas secas que para suerte de él se abren: e e la ingrata sirena, se hecha a nado i él, como salvándola de un naufragio, la toma i hace su cautiva.

Entre tanto, es la una de la tarde i no parece a la comida, sale la señora con la nieta en su busca, i lo encuentran regresando fatigado, encharcado, raído, arañado y magullado; pero contento con su bella prisionera; le cuenta lo sucedido, i se sobrecegen por el peligro en que el joven se ha visto de perecer.

De vuelta a la cabafia, se dispuso a partir para Cádiz, en donde era de juntarse con el amigo de la Marca, i se prometió venderle a buen precio el singular insecto.

Ya listo, se quitó con la idea de la despedida, que, tanto cuesta el haber de despedirse de una niña del

recato i de los ojos de María.

Pero es preciso partir, i se dió el brazo con la señora Flores, estrechándose a ella por el sentimiento de gratitud, i abrasándose cortemente con María, a quien por el mismo cariño no se considera digno de llegarle mucho.

Ella, con razón manteniéndose en su puesto, no se extendió a más de darle la mano; le hizo, sí, una muy delicada broma, diciéndole: 'No irá por otro linda mariposa a dar en otro fango del que no pueda salir....!' El joven, a estas palabras, acompañadas del expresivo mirar de María, se sintió herido de una corriente eléctrica, i profundamente conmovido, estuvo al desfallecer, se arrojó en un pilar, i dejándose caer en el antepecho de la balaustrada del corredorito, suspiró, se lleva el pañuelo a los ojos i ruedan las lagrimas.

Doña Lucinda lo consuela, le dice que de él depende el pronto regreso, i la niña en una mirada de esperanzas para él, le dió el lenitivo que necesitaba.

Partió, pues, con protestas de volver lo más presto posible; i en lo que iba, iba volviendo la vista a la para él feliz cabaña de un delicioso Estén, morada de esa bellísima, que a tantas gracias, une la de su bonita, ondeada cabellera castaño oscuro, la que llega hasta no más de un poco de los hombros abajo, que presenta estando destrenzanda dos simpáticas guedejas, que en graciosos bucles le cuelgan por las sienes de la tersa frente.

Yendo a paso lento, siempre volviendo a ver, en uno de los pasos vio aún la casita, i en otro más, ya no la vió..... Ah!, la despedida.....!



## CAPITULO VII

### LIBRANDOSE DEL NAUFRAGIO, PONE UNA PICA EN FLANDES.

Hasta este momento de la narración, si la historia de Adolfo es triste, en lo sucesivo se toca con lo desesperante, si bien *echa* una pica en Flandes.

Vuelto a Cádiz, no pensó más en el comercio, i menos en la conducción de las tales habas i almen- dras, sino en la agricultura, cerca de la estancia de María, que bien cogida le tenfa el alma en la mágica red de los negros abismos de sus ojos. Habiéndose visto con el amigo Alfonso, se apresuró a mostrarle el precioso insecto, no sin referirle en breves palabras, aunque con bastan- tes retóricas, el trabajo de cogerlo. A dicha de él, le agrado mucho al

joven naturalista la rica mariposa, que por ser un insecto raro, era todo una danaida; i así, hubo de comprársela en doscientos ducados, no nada despreciables en la situación de nuestro aventurero, que bien quisiera un millón para depositarlo con su corazón a los pies de María del Pilar, aunque éste de antemano ya era de ella.

Provi-to de dinero i enterado a la vez de una larga carta que le entregaron de disculpas de don Ramón; que, por lo extemporáneo de ella, bien se dejaba entender su siniestro intento, se aprestó sin hacer caso de ella a regresar a Mallorca.

Iba a tomar la nave el *Lagarto*, que de Porto se conducía a las Baleares, cuando se le presentan cuatro polizontes con la orden de capturarle, para una indagación en el despacho de pesquisas: hace presente la circunstancia de no saber nada, por estar de tránsito i no ser de allí; i el perjuicio que se le seguiría con la demora; pero todo es en vano, se lo llevan, lo detienen, el buque parte i

él se queda.

Después de una noche de detención, se le comunica que, a petición de un señor de Oliva de Albacete, de quien ha recibido una cantidad para conducir una remesa de almejdras amargas a Flandes, a la orden del señor don Torcuato Lodi, se le retendrá, mientras no se apreste a cumplir su compromiso; i aunque manifiesta que es falsa la deuda, se le obliga a verificar el transporte de la carga, i tiene de embarcarse inmediatamente para Flandes, a donde partía ya el francés *L' Emprise*. Zarpó el buque sin fiarle tiempo ni a poner cuatro líneas de una carta a las amigas de la cabaña, como lo prescribe la cortesía, i se lo imponía especialmente el amor.

Con algunos incidentes marinos, efecto de los vientos, pasaron las aguas de toda esa costa, sin acontecerles cosa que de referir sea; pero sucedió que al doblar el cabo de la Mancha, se presentó un viento tan inesperado como fuerte, que fué un ciclón, i dió con *L' Emprise* en un peñasco, que lo dejó en muy mal



estado: Se abre un buen orificio en la quilla de estribor, i empieza a introducirse el agua, de modo que, sin perjuicio de acudir al pronto reparo de tal avería, se procedió al forzado alijo; i se dio comienzo él por lo último que se había embarcado, i fue lo primero en ir al agua: la empresa de las habas i almendras de don Ramón, que no Rama de oliva; i si no hubo de darse con toda la carga en el mar, fue por la inmediata calma que al ciclón se sucedió.

Continuando su rumbo, llegaron a El Havre, en donde se hizo indispensable arribar, por la avería del buque; i como se encontrase allí el flamenco *Fausto*, se trasladaron a él: llegan a las aguas de Flandes, i nuestro aventurero, en vista de ese mar sombrío, cubierto por la niebla, se entristeció de manera que bien se conocía, por su semblante, su tristeza. Desembarca, se hace conducir a donde el señor Lodi; i como falta la cantidad del alijo, según el aviso, lo hace detener hasta el esclarecimiento del hecho, que no fue posible se haga en menos de cuarenta i

ocho horas.

Libre, no pensó sino en su regreso a Mallorca, y así como supo que zarparía un buque con destino a Calais, se hizo conducir a la Agencia, e informado de que salía el bajel *Historias*, con rumbo a Santander prefirió éste. No hay palabras para expresar la satisfacción de Adolfo por su próxima salida a ese puerto, de donde no había de tardar en verse por Valencia, cerca de su querida Mallorca.

Salió con un gozo que bien lo expresaban los ojos; pero después de unas dos millas vino la tempestad de un viento que recorría más de veinte metros por segundo, según el decir de los marineros; el oleaje es formidable y empuja la nave con un impulso irresistible y tal, que frustró todas las maniobras para impedir que dé con ella en un extenso cordón de dunas que forman a lo largo de esa costa como una barrera que, por supuesto, defiende una dilatada planicie de los embates del agua.

El sacudimiento es fuerte; i están a punto de zozobrar, tratan de des

viar el peligro, i orientar la proa hacia a barlovento, a favor de una ligera calma, se alejan de las dunas, toman la dirección al canal de Calais; i en esto lo coje por popa un buque inglés, de los primeros de vapor, i le hace una avería que era de consideración, dada la situación en que se encontraba; pero al fin, salen del paso con felicidad i continúan su rumbo; se recrudece la tempestad i batidos, no pudieron contener el empuje de las hinchadas olas; i fueron lanzados a una zona sembrada de bancos de arena, i encallan; se esfuerzan en salir poniendo en juego las palancas, el timón i los remos, i acudiendo al lastre, según las diversas inclinaciones del bajel

A tanto esfuerzo, sacándolo a flote, siguieron su ruta, siempre luchando con las embravecidas olas; i como, en mal de males, por inutilizado el experto timonel, pusieron el gobierno de la nave en manos de su médico, que era bien hecho, prieto, i a su decir, ya entendido en eso de timón, en el aturdimiento se lo confieron, viniendo a dar con ella en el arrecife, que

rompiendo la quilla dislocó las costillas del casco. El médico precipitó el desastre: los facultativos, sin duda, escasean de facultades para dirigir naves, i peor la del Estado.

El naufragio es inminente, como inevitable; i se ven precisados a acudir a los botes i salvavidas. Toma uno de estos Adolfo, i se dirige en busca de su salvamento; i sea arrastrado, ya ondeando i en veces como lanzado al aire, siempre avanzando, consigue ganar la orilla aunque dio en un médano; se paró, sintió que se hundía, i se acobardó; pero con tiento adelanta sucesivamente los pies i salta a suelo firme, da unos pocos pasos i se halla con un marjal por delante; i se ve solo i abandonado a sus propias fuerzas que flaquean; i en un como panteón de gigantes, que tal le pareció el conjunto de dunas bajas, que en forma de pobres sepulturas están tendidas aquí i allí en esa pavorosa soledad.

¡No puedo más!, exclamó i se dejó caer de asiento en lo primero que a su lado tuvo, que fue en el



extremo de una de esas dumas, que parecía corresponder a los pies de un cadáver de gigante; i desahoga su intenso sufrir, así: ¡Oh suerte que, secundando la crueldad de los dioses, si los hay, me despojas de los bienes con que la naturaleza me favoreciera; me arrebataste a mis padres, arrancándome en ellos mis alas en la fugitiva aurora de mi vida; me desheredaste colgando mi fortuna en las uñas de la criminal codicia de don Ramón; i ahora que acaricio en María el premio de tantos pesares, toco en ella mi gloria, con la impetuosa pasión de mi cara ilusión, me alejas de la llama de mi corazón, i opones a mi felicidad el hondo abismo de los mares i la maldad de los hombres!. Me conduce bajo un cielo de tempestades sin horizonte, i concluye por traerme a ver mi sepultura en este panteón!»

Vuelto sobre sí, se levantó, vió, miró a todos los lados, por ver si descubría algún campo que dé indicios de alguna habitación, a donde favorecerse; i a lo lejos divisó un como oasis de verde vegetación, con

la espesura de un bosque, i se dirigió allá, pero los pantanos del marjal le impedían el paso i le obligaban a llevar un camino demasiado sinuoso, dando a veces saltos hasta imposibles. Al fin, llegó a los primeros árboles que habían sido de abedules i caminando adelante, por entre ellos, que se le iban raleando según avanzaba, alcanzó a oír repentinamente voces que alentaron sobremanera su ánimo en extremo abatido; dio unos pasos más i se encontró con una posesión de algunas hectáreas, sembrada de cerezos y abedules, que habían delante de una modesta casa, a la que se entraba por un patio que estaba al nivel del respectivo corredor del cual por un pasadizo se conducía al otro, como del alto de dos metros sobre el patio que, dando a dichos árboles, terminaban en la primera hilera.

\* \* \*

El dueño llamado Daniel Ortellio era bermejo, como de sesenta años y lo acompañaba una sobrina

que rayaba en los veinticuatro, Sabina Argental, de estatura esbelta, bien conformada, de airoso andar, rostro bien contorneado y rubicundo, abundosa i larga cabellera, ondedada i rojiza i de ojos rasgados, en cuyas pupilas llevaba el misterio de las sombra de las algas en las aguas del mar, i que en todo revelaba que conocía la gaya ciencia: ¡sol que herido por las flechas del corazón se hubiese rozado con la tierra"! Llegó Adolfo en traza que bien manifestaba que de milagro había salido de un naufragio, i el camino que había llevado, i llamó exclamando: ¡señores! i sin aguardar respuesta alguna, más se dejó caer, que se sentó en un sofá viejo del corredor de la entrada.

Salió la joven, i encontrándose con el peregrino que apenas tenía aliento para implorar un hospedaje, le avisó al tío, quien se lo concedió; i una vez convalécido el huésped con el descanso i una comida que le sirvieron, les pidió datos acerca de la ruta que había de tomar para salir a España; i don Daniel aprovechó:

do de esto se les tomó a él prolijos, desde el concerniente a su familia.

Bien informado, i deduciendo del relato que no era un hombre vulgar, se interesó por él, i concibiendo la idea de unirlo a su sobrina, le propuso una compañía de criar en más escala del buen ganado lanar, que era la principal industria de él, que de esa cría proveía por su parte de lana merina a los telares; i aun le manifestó el deseo de que le enseñe a Sabina el idioma español, de modo que lo hable i escriba con perfección.

El partido propuesto fué demasiado alhagador: corrieron las nuves de la preñada atmósfera, que hasta el día antes le ocultara al desventurado Adolfo el azul horizonte de la vida de un joven: ¡socio de un tío que tenía tal sobrina!, i más cuando presto él sería su maestro i ella su discípula!, con todo, le contestó que en la noche pensaría, i en la mañana siguiente le avisaba de su resolución. A pesar del cansancio, no durmió el huésped pensando en lo



que había de determinar; pues, le venía a la mente con tal viveza la imagen de María del Pilar, que le parecía que la tocaba; i más, cuando aún le herían sus magnéticas miradas, i vibraban en sus oídos las palabras de ella, al despedirse: «No irá por otra linda mariposa a dar en otro fango del que no pueda salir».

Una cosa igual ocurría en la alcoba de don Daniel, que algunas horas no durmió, advirtiéndole a la sobrina un porte comedido, i atento con el joven, i de las ventajas que reportaría hablando correctamente el idioma español; porque podía ser que se case con uno de España.

La joven que mala impresión recibiera con la vista del joven, por haber llegado de muy mal talante, no se decidía a tenerlo de su maestro, menos a pensar ni remotamente en su enlace con él.

Llegada la mañana, se levantó Adolfo, se lavó, se puso la muda de reserva que, adquirida con algunos de los ducados de la venta de la danaida, no sé como rescató del

naufragio, i salió.

Como el traje i la cara limpia volviesen por la representaci6n de él, que era de buen físico, i mostrase dineros, i siempre hubiesen influido en el ánimo de ella las razones del tío, se apresuró a hacer más de lo que él le aconsejara, i se manifestó no solo sagaz con el peregrino, sino hasta galante; i versada como era en los artificios de las que han cursado en la escuela de las ficciones del corazón, le hablaba mucho, con el lenguaje de las miradas i artificiosos modales.

Después de la comida, se trajeron al asunto de la granjería ovejuna; i para reducirlo a formar la compañía, intervino la joven, que se presentó acicalada como para un baile: vestía una bata de seda azul, que bien transparentaba su robusto i ampo seno, en que temblaban los voluptuosos pechos. Era la mujer hermosa de la copa de oro en la mano. Parecía que los céfros difundían allí la sonrisa de una vida feliz. El joven se rindió, i antes que socio de la tal industria, cayó)

en el cautiverio de la tiranía de la  
hermosura, realzada con los graciosos  
modales de Sabina, después de lo  
cual calla la autobiografía.



## CAPITULO VIII

### DE FRANCIA A ESPAÑA—SUCESOS HASTA EXTRAÑOS EN EL VIAJE.

Es lo cierto que no regresó en esa época a España; i se cree que vivió algunos años en su bello cautiverio, tanto que el tío don Ramón, informado de lo ocurrido con el bajel *Historias*, teniéndolo por muerto, dicen que dispuso a su sabor de la herencia del sobrino.

Pero, por indagaciones de don Alfonso de la Marca, que no lo olvidaba i unas cartas a las de la cabafia, se ha conseguido llenar ese vacío.

Han escrito que, como a los ocho años, salió de Flandes i resultó en Brest, conforme a una filiación hecha en ese puerto.

Tomó en éste una corbeta

para Nantes, en donde podía vender en setecientos francos un precioso insecto cogido en el Deul, de un espléndido ropaje; bruñido i fulgurante, como la armadura de un paladín,

Llegó, desembarcó, i vendido al paladín, a los pocos días, en seis cientos francos, que le dio el naturalista Tourrette; salió a la diligencia, que ya rodaba en carriles, i conducía a Burdeos, resuelto ya a emprender en el comercio, i a informarse del movimiento comercial de esa plaza, en que deseaba establecerse, por estar en la línea férrea de dirigirse a Barcelona, para su tráfico mercantil entre las dos plazas, i aproximarse a la patria de su inolvidable María.

Estando en Burdeos, recibió la Policía una requisitoria de Brest de capturar a un individuo del cuerpo y fisonomía de Adolfo, y que correspondía al nombre de Pedro Fregoso, que había estafado a una casa de allá, con una letra falsificada, unos mil quinientos francos.

Salen los Gendarmes, buscan, indagán, i al ir a entrar Adolfo en una fonda en cuya portada el aviso decía: "Venid a mí todos los que sentís lánguido el estómago i yo os restauraré", cayeron sobre él tres de ellos, i aplicándole las señales de la filiación, lo condujeron a presencia del Juez de Policía, quien lo mandó al departamento de detenidos. Siendo él transeunte, completamente desconocido allí, le fue imposible defenderse con la prueba contraria; i tuvo que ceder a la de la fatal analogía de caras, i prepararse a regresar a Brest, en virtud de solicitarlo sus Autoridades de Policía.

El día designado lo pusieron en la diligencia con rumbo a esa ciudad; pero cerca del Sena un incidente del carruaje, hizo justicia a la inocencia perseguida, i el criminal inocente fugó, i desviándose del camino férreo, aproximándose mucho a los orígenes del Loira, después de recorrer a pié unas sesenta leguas, pasó por la ciudad de Lyon i en una casa de sus goteras al Sur, pidió alojamiento con feliz acierto, a una señora que gus-

taba mucho de recibir a los viajeros de las trazas del nuestro, por el vivo deseo de conocer i tratar al eterno caminante Asawero, que le negó al desfallecido Jesús un ligero descanso en la puerta de su casa, al pasar fatigado con la cruz. Si ella conversaba con el Judío Errante, se imaginaba que había de ser muy dichosa, por lo mucho en que él la instruiría con sus curiosas narraciones. Allí encontró nuestro viajero una acogida que, como en otra ocasión, había de endulzar tantas amarguras reservadas para él por los caprichos de la fortuna.

La señora creyó ver en él un hombre misterioso. I era que los sufrimientos dibujaban en su fisonomía el semblante de un hombre alelado i sorprendido de un fantasma amenazador. Le preguntó las veces que ha dado la vuelta al mundo; i como le contestase que no había pasado de Flandes, se convenció que era un hombre común; i le preguntó por su profesión, habiéndole manifestado él que era naturalista, i su ocupación, buscar insectos raros.

—Eso no da nada le dijo la señora: mejor es el de la cría de ganado, ya que hasta las pieles tienen valor; i que ella tenía cerca de los Pirineos una buena heredad en que trabajar, i sólo le faltaba un buen administrador que la haga prosperar; i si aceptaba, que le pagaría su renta anual.

Estipularon el precio i se hizo cargo de la finca denominada **El Fontanal**. La señora se llamaba Celina Varignón, i tenía una hija de gentil donaire i gallardía, rozagante, de especial blancura, ojos grandes i pardos-curos, como una ninfa por su belleza, i que lo era en ese sitio; i cual si hubiesen adivinado los padres su belleza le habían puesto el nombre de Zoila Beldad, i si bien su propio apellido era Gallardo, gustaba llamarse Zoila Beldad del Fontanal, por las muchas fuentes que circundan la finca a que se debe su nombre.

Adolfo, con su porte, exactitud i limpieza en su Administración, se hizo estimar de la señora, i casi querer de la joven su bizarra paternidad; pero unos galanes de ella se die-



ron a mortificarlo, i cansado como estaba de sufrir, tuvo de salir de ese cómodo empleo sin determinado rumbo, saturado de desengaños, con el corazón en la punta de la espada del dolor, en busca de un modo de vivir independiente i estable.

En camino, piensa el que ha de tomar, i se decide por el de los Pirineos; los sube i en la cima, en el lindero de Francia i su Patria, viéndose entre dos horizontes de tantos fatídicos recuerdos, comenzó a entristecerse, i a descender, hasta que, por Peña Colorada, se arrimó a una encina que no *pisaba* en su clima, la cual a mano estaba, suspira, cruza las piernas, apoya la mejilla derecha en los dedos pulgar e índice i se pone a pensar en su situación: ¡Ah, exclama, qué crimen he cometido para que la fortuna me lleve de fracaso en fracaso, cuando la naturaleza, en uno de sus derroches, me dotó de singulares aptitudes intelectuales, i hasta de un buen patrimonio que heredara de mis padres, caudal no muy común, con que

pude ser lo que quisiera!

¿Es que Naturaleza i Fortuna se dieron cita contra mí: la una para atormentarme con la idea de un brillante porvenir i la llama de la aspiración; i la otra para frustrarme mis esperanzas antes de sus fulgores?; o los hados gustan de hacernos vislumbrar una ventura de fantasía; i volviendo en sueño la hermosa realidad hacen de ciertos hombres el protervio del rigor de las desdichas?.

\* \* \*

En esto, como desplomándose, vino al suelo donde quedó a medio sentarse, junto al árbol; i luego se recostó en la palma de la mano, apoyando el brazo por el codo en el suelo. En su meditación sobre lo que determinaría, se queda dormido i en el sueño sueña verse en un campo erial sembrado de paladas rocas, cuyas cumbres dan en el cielo, superando muchas de ellas en altura a nuestro Chimborazo; i mira que, como,

en un siniestro premeditado asirse de manos para una infernal danza, circulan una llanura de arena, a donde cual en los desiertos, no llega nunca el agua ni las brisas a mitigar su desconsoladora, eterna aridez.

El ve desencadenarse en el estéril campo un recio vendaval con el rigor que, en los desiertos de la India, donde sacude, estremece, retuerse como débil mimbre el alcornoque i lo lanza lejos; i siente él que la naturaleza más inclemente lo deja al raso, hasta sin el pobre alivio de la sombra de un arbolito, triste como él, de verse solitario.

Víctima de un sonnambulismo automático, se levanta del espantoso sitio, da unos pasos balanceándose en busca de qué asirse i el huracán que conmueve las rocas i silva en sus grietas, lo arranca del suelo i volteándolo por los aires, cual miserable arista, lo arroja en un gran torrente cuyas olas chocando, agitándose espumosas, como mar en tempestad, se lo llevan como una ligera

hoja seca i lo precipitan en el O céa-  
no.

En él, vuelto un juguete por las olas que lo empujan i se lo atraen para volver a lo mismo, siente ya las ansias de la asfixia; pero a tiempo, burlando las ondas, batiendo el agua que se resuelve en espuma, ve aproximársele un como ángel tirado a nado, las alas plegadas i en traje de espumilla, ligero como una estrella errante, cruzando al ras de las aguas, que llega, lo toma, lo pone en sus alas i lo saca a la orilla; i estando en salvo advierte que es una hermosa Nereida i oye que le dice: ¡Cobarde!; ¿què no eres hombre?; levanta el ánimo, no desmientas tu noble origen, si como destello de la Divinidad, si como descendiente de padres de bien templado corazón.

Despierta, levanta i ve en busca del destino con el cual no has podido dar, como muchos, por falta de atenta reflexión sobre el que se les señalara al venir a este mundo.

Despierta i advierte que estás a los 2,886 metros de elevación de los Pirineos; toma al Oeste—Este, donde sembrando la tierra, que es de todos, vivirás.





## CAPÍTULO IX

### EL SEÑOR DE LA MONTAÑA—LA TERCA FORTUNATA, I EL GENIAL FILOS.

Por fin despierta, respira i vuelto en sí, dirige la vista en derredor i ve que ni él se ha movido, menos el árbol: que todo está en su lugar; se sienta, se despereza, resuelve continuar el camino i parándose, comenzó a descender, i llevando una ruta que le desviaba algunas leguas de las carreteras, i, de las villas, lo que podía, siempre descendiendo, llegó a la casa de un individuo de origen alemán, que le dió por su nombre el de Malemate, i que a la estancia en que vivía le había puesto el de *Lilienfeld*, que en castellano dizque quiere decir *Campo de los Lirios*. Aunque bastante adusto el señor de Lilienfeld, no dejaba de ser

hospitalario, i lo estuvo más con ese pobre peregrino, en razón de la "Noche que a toda espuela precipitaba a su caballo sobre el Día" imponiendo ya el común descanso.

La casa de Malemate, cuyo nombre, según le había dicho al huésped, significa *hombre de montaña*, por tan original, merece describirse.

Era de una piedra de cinco metros de diámetro i dos i medio de altura, asentada una parte en plano, i lo demás formando como un cuerpo con una colina, en la que estaba enclavada; en la cara de la parte que descansa en el plano, tenía una perforación de tres metros de frente, tres i medio de fondo i unos dos de alto. El cuarto de ese horado hacía de primer piso; i el segundo se había construído de pilares de madera parados sobre la piedra en hoyos que seguían su circunferencia, i asegurados arriba en un buen cincho también de madera, formaban con el esqueleto tabicado una bonita pared circular, con el techo piramidal, así mismo de madera, cubierta de tabla con forro de zinc; i el piso con bue-

nos listones de madera perfectamente unidos, defendía del frío de la piedra.

Después de una hora de la llegada de nuestro viajero, se sentó Malemate a merendar a su sencilla mesa, en el cuarto bajo, a la que le servía un hijo de una india de un talle de unos cuatro pies i medio de alto, por tres de ancho, i de un vientre que la tenía quebrada para atrás: era cuadrada, ancha de cara, de colormas bien aceitunado q' cobrizo, de ojos oblicuos, pequeños, hundidos i pardos; aunque envidiada por la finura del cabello: era de cerda i de un semblante señudo i de unos cuarenta años.

Nuestro Adolfo, que llegó muy rendido, se había resbalado al suelo del banco en que se sentó, en un estrecho corredor e impedía el paso, por haber quedado allí como cruzado; i como a la figura correspondía la tosquedad de la preciosa dama, al verlo así le dijo impaciente: "¡No ha faltado más que vengan a templarse en el camino, a la hora de comer, i a no dejar pasar a nadie: esa cara



está diciendo que es la sobra de los vicios i un ocioso que vive del que trabaja!" "¡A echarse en el corral!"

Suspendiéronsele a nuestro peregrino las facultades, tanto como a cualquiera que se hubiera visto parar así i de tal figura; i en su sorpresa no acertó sino a preguntarle que a dónde era el corral, i reanimándose tomó por donde pudo, caminando a tienta en la oscuridad.

Presto a ésta se le hizo la vista, i luego dio con una senda que a los cultivos de la finca conducía; se dirigió por ella, i a poco andar llegó a la entrada de los cercados, cubierta de un alero i asegurada con un portón con llave.

Detúvose allí, i luego con el demasiado cansancio se vino al suelo, antes de pensar siquiera en sentarse.

Con todo, así se dejó estar en él, con la idea de abandonarlo cuanto antes, para buscar el camino que, para cualquiera resolución conduzca a Valencia.

A poco de estar allí, divisó una linterna que como a él iba, si ocul-

tándole al que la llevaba; no dejó de inquietarle lo que en otras circunstancias le consolara, i levantándose con la prontitud que pudo, se anticipó a salirle al encuentro al que se le venía.

No tardaron en estar al habla, i adelantándose Adolfo en la palabra, le preguntó:

— ¿A qué distancia de aquí puede darse con el camino de Valencia?

El de la linterna que, mandado por el señor Malemate, estaba con el pensamiento en el huésped, respondió:

— ¿Quién es el valenciano que a estas horas, en esta oscuridad i en este sitio está con la cabeza en Valencia?; i añadió: aguárde el día, para que pregunte el camino,

— Así es, dijo don Adolfo. ¿I puede darme su nombre i una posada hasta el día?. Pues, me ocurre que la sirvienta del señor de quien sentí no despedirme, i creo que es esta finea, me despidió de la posada, hasta con graves injurias, i tuve de salir a oscuras de donde pensé pasar la noche.

— ¡Porqué no?, contestó aquel: me llamo para servir a Vm., Mariano Filos, i direle que los que saben de etilogias dicen que mi apelativo es mui bueno porque quiere decir *amigo*.

Adolfo, aunque contrariado por el trato pésimo de que acababa de ser víctima, se sonrió por el vocablo, i sólo dijo:

— Indudablemente Ud. corresponderá a la buena etimología de su apellido.

— Por lo demás, prosiguió Filos, paréceme, según se me viene, que hablo con el que ha llegado de posante a la casa de mi buen patrón, señor Malemate, que en sabiendo el mal trance con la Fortunata mientras él merendaba, me hizo llamar de mi rancho de colono i me envió, i he venido en su busca.

Adolfo, que oyó el [nombre de la sirvienta, dijo:

— La fortuna huye de mí, que en sus caprichos contemplo que les alarga la mano aún a los chanflones, hasta poder llamarse afortunados.

Filos que todavía era joven, con humos de entendido, replicó:

—¿Talvez la etilogia de Fortunata es afortunada?

—A lo menos, la traducción— contestó Adolfo—; pues, de no haberseme olvidado el latín *fortunata* es afortunada; i sobre todo, si es una Fortunata de un tan buen señor.

—Pues, sin duda ello es así, añadió Filos, que, en lo que vive, veo que la suerte es injusta: lo ajusta al que vale hasta ahogarlo, i le suelta la rienda al que le llena el ojo, aunque sean animales dafinos. Pero, señor, para la prisa en que debía volver, heme tardado mucho i la noche avanza; i si es servido vamos donde el patrón, que nos espera, i me ordenó el pronto regreso: le aguarda a Vm. con algo qué comer; i aún dispuso que se le haga una cama en que dormir. Mañana, que fuera mejor que no se fuera, puedo llevarlo a mi rancho, para que admire lo que nos asombra nuestro patrón, al cual en las frondas i lo extendido de su ramaje, no hay árbol que aquí le iguale: acontece hasta tener que ver.

nos, i nos ve en lo más necesario.

—No es posible, ciertamente, sino que el señor Malemate nos esté esperando, dijo don Adolfo; i sólo me detiene el proceder de esa mala mujer.

—No se le dé cuidado de esa mitaya, repuso Filos; pues, en sus malas razones con los huéspedes, que no en su buen servicio, pone ella toda la monta de su interés por el patrón; el que según se sabe de compasivo la ha recogido de los que de una mita, iban a unos trabajos de un señor de *fomentos* que dizque tiene el Rey, su Majestad.

Fuele menester a don Adolfo mucho esfuerzo i morderse los labios para detener una risotada; pero dijo:

—El de los *fomentos* es el señor Ministro de Fomento.

—Eso debe de ser—dijo Filos—: el caso es que en las remesas a ese señor no dejan de morir indios; i cuentan que, acertando a morir el padre de la Fortunata algo cerca de mi patrón, se la dejaron a él ahora

unos veinte años. Así que, por respetos a una villana no es bien gastar del tiempo de descansar, i que Vm. pierda una buena posada; i más que el patrón rara vez usa este genio que es de saber, que el ordinario de él es olvidarse de los posantes, por tener la cabeza en sus ocupaciones, i fuera de esto, en que nuestra alma sólo dizque es un alien to que se acaba con la muerte; pero que no todo hombre muere: le he oído que en un tiempo hubo un señor Elías, que en un carro tirado por caballos, se fué como a la luna, alzado a los aires por un viento muy fuerte i que no murió, i debe de estar por esos mundos de arriba; i que muchísimo antes de nacer el que voló, se había ido sin despedirse de nadie un señor Henós, i está vivo en un lindo huerto. No le desprecie, i vamos si le parece.

—Está bien-dijo don Adolfo-i tomando la izquierda del de la linterna, se dirigieron a la casa, que se encontraba a dos cuabras.

I éste en lo que iban le interrogó]

—¿I Vm. ha leído el libro en que mi patrón lee esas cosas?

—Lo del profeta Elías en el carro, i del patriarca Henoc está en la Biblia, donde se lee que los dos han de venir al fin del mundo, i de una mala interpretación de ésta, sacan lo de que el alma muere, contestó don Adolfo.

—¿I vendrán en carne i hueso?

—Tal como se fueron.

—Bien-dijo Filos ; dejemos esto para otro día.

—¿I puede decirme cuál es su apelativo, la tierra de dónde es, su oficio i si en la diligencia sale i al asunto que a Valencia?

Don Adolfo, lanzando un suspiro que fué como un clamor, le contestó:

—Hame interrogado Ud. sobre la triste historia de mi vida, que es la de quien se ha perdido en un bosque sin salida de cipreces: que mi vida es un dilatado cipresal, en que no atino i ando perdido en el fondo del negro cuadro de mi combatida existencia. Más, ¿a qué un cuento que si le tuviera de mis desdichas,

a otro lugar i tiempo debo dejar?  
Dígole, pues, que me apellido de Pe-  
ñaflor, que soy natural de Murcia,  
que ando a pie con la perpetua com-  
pañera de mi mala suerte, i voy a  
Valencia a emprender en algo con  
qué hacerme allí la vida en lo poco  
que de la que vivo me reste.





## CAPITULO X

### EN LA POSADA.—SALIDA PARA VALENCIA.

Al fin llegaron al patio de la casa, i el de la linterna, dejándola en un palo mui grueso que echado allí, a mano estaba.... «Con perdón de don Adolfo», se adelantó i dirigió a donde el patrón con la ligereza de un corzo i la agilidad de su cuerpo: era de hasta unos cinco pies de estatura, delgado, moreno i de ojos parduscos i un tanto bulliciosos, llega a él, le comunica que está allí con el huésped, recibe la orden de hacerle entrar i pasar a la mesa, i vuelve, toma la linterna, lo invita i lleva a servirse una refección.

Ya en ésta, preguntó por la hora i del patrón.

— Son las diez — contestó Filos — i el patrón le aguarda arriba con

una cama que *hizo hacerle*.

—¿Tanta es la bondad del señor Malemate?, repuso don Adolfo. No esperaba yo nada en esta misma noche, si oscura, si tenebrosa, cuyas sombras no llegan ni al tope a las densas de la lóbrega noche de mi melancolía; i apoyando en la mesa por el codo el brazo izquierdo, dejó caer en la mano la cabeza, mientras la derecha abandonaba en el plato la cuchara.

Filos, que ve la tristeza a que el huésped se abandona, acude rápido a él, le alienta, hace por enderezarle la cabeza, i lo empeña en que tome algún alimento.

Don Adolfo siente el ábito de la sinceridad que habla en la compasión de un sencillo campesino; aprecia la inocente vida del campo, detesta la doblez de las ciudades, i en las palabras que se le deslizan, manifiesta el deseo de adquirir un terreno i buscar en la agricultura su sustento, i aspirando el aire de los campos, respirar otra vida en la dulzura de su tranquilidad.

Concluida la cena, es conducido

al aposento del señor Malemate. llega, se topa en la puerta con el hidalgo dueño de casa, i penetrado del más profundo reconocimiento, trata de arrodillarse, i el digno hidalgo no se lo permite, i en el acto lo hace entrar e indicándole un asiento le invita a sentarse.

Mirándole, conoce el señor Malemate que su huésped es de buen origen, i no tardando en comprender que el injusto Destino le ha azotado grave, le interroga sobre su procedencia i el objeto, i dirección de su viaje.

¡Ah, señor! exclamó don Adolfo: el recuerdo de mis desgracias es tan poderoso que sin fuerzas para otra cosa, al abatimiento me entrego; i porque el cuento de ellas si le tienen; es muy largo i un martirio para mí, solo referiré a Vm. lo principal: es el caso que....

En esto le interrumpe el señor Malemate, i le dice:

— Vm. debe estar rendido, i es mejor que se acueste; pues, son las once, i de las cimas, si le parece, podemos conversar.

Exacto, dijo don Adolfo, i se acostaron, i de la una a la otra que no estaban distantes, volviendo a su relato, dijo:

— Es, pues, el caso que habiendo nacido en Murcia de padres de suficiente fortuna, hube de mecarme en regalada cuna, i crecer i levantarme en el regalo de las comodidades; ¡pero todo fue solo espuma!. Como ellos de nada me privaban, desarrollé pronto: a los seis años parecía de más edad, me pusieron a la escuela, i a los once en el colegio. Pero, muertos mis padres, pasé de quince a la tutela de un mal tío, quien ávidamente se apoderó de mi herencia, vendió la buena hacienda, i conmigo trasladó todo a Albacete, donde él vivía. Estuve, pues, en el colegio, hasta que se empeñó en separarme, i al fin me sacó diciendo que el comercio, mejor que las letras, da más. Como, por una Compañía con un señor de Flandes, tenía que exportar habas de San Ignacio i almen dras amargas, descargó en mí el peso de recibir i remitir las que compraba; i a los tres meses de un tra-

bajo rudo, caí con una entéritis de la cual con dificultad salvé. A los cuatro meses, el inolvidable veinte de Marzo de 1799, salí por orden terminante de él, con un cargamento que de esos artículos debía conducir yo personalmente a Flandes; i desde entonces, he sido víctima de una casi no interrumpida cadena de peligros i males; así, salvándome de un naufragio ocasionado por un vapor inglés, que chocó en el nuestro, arribé a las costas de Flandes, el veinte de Abril, por el tiempo que los buques ingleses conmovían las costas, ya contra nosotros, ya vigilando los puertos franceses con su espionaje sobre los pasos de Napoleón, que se había propuesto darle un golpe al poder inglés en Egipto, i le interrumpían al Conquistador la comunicación con Francia, capturando buques i personas, sin cejar hasta que le destruyeron la buena escuadra, con qué zarpó de la rada de Tolón.

—Efectivamente, añadió el señor Malematé, ese ambicioso quiere hacer del mundo una sola Monarquía i él

ser el Amo. Inglaterra tuvo razón, aunque fueron unos pirataa contra España; pues, por el cabo de San Vicente, hasta le quitaron una remesa del oro de América.

Continuando don Adolfo, dijo:

—En fin, después de una vida que da tema a un buen libro de desventuras; pues, es poco un mes para referirlas, dirigiéndome a Valencia he venido a dar por estos lugares.

Ciertamente, observó el señor Malemate, Vm. ha sufrido mucho, según revela su semblante: su relato me hace recordar a Colón, por un mar de fuego, despejado de su nuevo mundo, que volvió encadenado a donde era de volver lleno de gloria, si los reyes supieran agradecer.

—A este propósito, concluyó don Adolfo, he de decirle que en mis desgracias no me ha faltado ni la de verme capturado i detenido por las injusticias de ese buen tío, quien, como le digo, se usurpó mi herencia.

—Desearía, dijo el señor Malemate, una relación escrita de su vi-

da, porque sirven de aliento a los pusilánimes, cuando el que ha luchado con la adversidad, triunfa de la miseria con el trabajo de un hombre esforzado. Así, de hacer Vm. un viaje para probar fortuna, es mejor que me compre i trabaje un campo que, de aquí a unos doce segundos (335 metros) de distancia, adquiriré por lo que pueda ofrecérseme.

—Efectivamente, dijo don Adolfo, me dirigía a Valencia en busca de un modo de vivir; i si puedo comprar el campo, que Vm. dice, me dedico a la agricultura, regresando de allá, a donde siempre necesito llegar.

—¿Regresa pronto?

—A más tardar, dentro de dos meses.

—Por trescientos escudos es suyo el campo.

—No me acompañan sino mil francos.

—Le faltan dos mil; pero, puede pagarlos en unos dos años, i para lo que sea, mañana se lo haré conocer, i durmamos ya.

Pronto se durmió el dueño de

casa, i no el pobre huésped que se estuvo pensando en el inesperado negocio que se le ponía por delante, i en el género de vida que se le ofrecía, cuando su aspiración era verse en Valencia, cerca de Mallorca, la tierra de su inolvidable María.

No le pareció prudente, por otra parte, darles a sus mil francos, que era todo su caudal, el destino de amortizarlos en un monte, que no podría cultivar, tal vez por inaccesible, ya por falta de capital, bien por la de brazos, sea por sus debilitadas energías, o por que se le dificultaría el arrancarle en dos años al mismo campo el valor de la deuda que debía contraer.

Todo esto, i además el cuidado de no hacerse ingrato al señor Mallemate que demostraba interés por él, vino a conturbarlo, perdió la serenidad i se le ahuyentó el sueño, que es muy amigo de la tranquilidad de espíritu.

Sin embargo, en este revolver de pensamientos, se como dormitó unas dos o tres horas; i despierto, volviendo la cara hacia la puerta, por



descubrir un preludeo del nuevo día, lo encontró en unos rayos de la luz que, por los resquicios de la puerta, se entraban en el aposento.

Volvió el pensamiento al asunto que, hasta por haber de resolverlo pronto, era difícil; i entregado a él no se acordó del día, que con anticipación había visto anunciarse; i así, en vez de ser él, fue el señor Malemate el que le precedió en levantarse.

Hízolo después, i a unas dos horas, tomado el desayuno, se dirigieron al monte del negocio, que desveló a don Adolfo.

Ya en él, se hizo, según lo permitió lo cerrado de la vegetación, que lo más era de robles i hayas, la exploración del caso, i conocido de terminaron el regreso a casa; i en el camino, tomando la palabra el dueño del monte, le preguntó que qué le parecía, i si resolvía comprarlo.

—¿Pueden conseguirse jornales i convendría Vm. en recibirme seiscientos francos al contado i el resto en tres años?, contestó don Adolfo, dando por razones la falta de dinero

y la eventualidad de oportunas i buenas cosechas.

—Como mi ánimo es favorecerlo, acepto su propuesta, con solo que los pagos han de ser en dividendos iguales.

—Y el comprador está hecho, dijo.

Y se estipuló la compra.



## CAPITULO XI

### EN EL VIAJE A VALENCIA POR MADRID DESVIA ADOLFO PARA ALICANTE

La víspera del viaje preguntó don Adolfo la ruta más conveniente, i el señor Malemate le contestó que per Teruel—Sagunto habían unas ochenta i seis leguas; i por Madrid—Torrente cerca de ciento cincuenta, pero en diligencia, que es más cómodo i acorta la distancia.

—Más deseo ir por Teruel, para no pasar por la Capital, pues, quiero evitar en lo posible, hasta el paso por las ciudades,

—Tiene Vm. razón: yo por eso vivo en estas montañas, i tan contento, que pueden envidiarme los Bonaparte, que están conmoviéndonos, i hasta por aquí pasó a Zaragoza una *punta* de los hunnos de

ese Atila, destruyéndome unas sementeras de trigo, guisantes, judías, cebollas i ajos.

—Tal vez el ala derecha le hizo el daño, dijo don Adolfo; pero ya vienen recibiendo algunos golpes de nuestro Ejército, como los de Bailén, Cataluña, Zaragoza i otros lugares.

—Cierto, añadió Malemate, i el triunfo de Zaragoza se debió a su heroica resistencia; pero los imperiales siguen en su empeño, i está al darse una batalla en Talavera, hacia el valle del Tajo, si bien ahora están con nosotros los ingleses, i son buenos Generales Cuesta i Wellington, que la dirigirán.

—Creo segura la victoria, repuso don Adolfo. I volviendo al asunto de mi viaje: ¿Por el camino de Teruel, es preciso entrar en la ciudad?

—Poco antes hay un camino que cae a la carretera de Cuenca; pero precisamente tiene que tomar la que le he indicado, si quiere llegar a Valencia; i para tanto rodeo si provecho, es mejor la de Madrid, por la que, de la villa de Requena, puede

dirigirse por Almansa i distraerse en en esos preciosos campos.

—Así es, dijo don Adolfo; i me atengo a su buena indicación.

Al partir, se despidió muy tiernamente de su benefactor, con el lenguaje de la honda gratitud, que arranca hasta lágrimas.

Estando en Requema, les oyó a unos dos compañeros de viaje, que se dirigían a Alicante a negociar una cantidad de papel, prefiriendo la fábrica de don Luis Montemayor, en la que su sobrina María del Pilar vigila en la quinta sección a cien operarias dedicadas a prensar, satinar, escoger i enresmar el papel, por ser el que allí se elabora de muy buena calidad i relativamente barato.

—¿Tal vez la nieta de doña Lucinda Flores, las de Mallorca?, dijo el uno.

—Si no hay otras, repuso el que hablaba, i ya ni existe doña Lucinda; porque hace como dos años de muerta; i la joven en su sección se desempeña muy bien, i parece que gana cinco doblones mensuales, i le heredará al tío, lo menos unos

mil.

—¡Que bueno, 80,000 francos!, añadió el otro. ¿I el señor Montemayor vive allí?

—No, le contestó el que llevaba la conversacion; pues, dicen que vive por Granada en Sierra de Loja.

Adolfo quedó en extremo sorprendido, i no habiendo dejado pasar palabra de una relación tan inesperada, como de todo interés para él, dirigiéndose al del relato, *con perdón*, le dijo: ¿Qué distancia hay de aquí a Alicante?; deseo conocer la fábrica de papel y paños e informarme de los precios.

—Más o menos, treinta i ocho leguas, señor, le contestó.

—¿I pasan inmediatamente Vms.?

—Un día debemos detenernos en Almansa; i si Vm. quiere, podemos acompañarnos.

—Muy bien, muchas gracias, señor.

Tomando el camino de Almansa, ofreciéndose las relaciones de la amistad, se dieron mutuamente los nombres, diciendo el más comunica.

tivo de los compañeros, que se llamaba Prudencio Paz i el otro, Edmundo Herrera. El día de la salida de Almansa estuvieron todos en la diligencia; i el viaje fue de especial cordialidad, muy grato, animado i encantador; porque cruzaban por cañaverales, viñedos, naranjales, granados, laureles y otros plantíos; i en ese tránsito, como respirando, exclamó don Adolfo: ¡Qué campos tan hermosos!

— Si Valencia, desde la antigua Roma, se llama el jardín de España, dijo don Edmundo.

En Alicante, les preguntó don Adolfo, por la fábrica de papel del señor Montemayor, i le contestaron:

— Está a la parte del Noreste, donde hay un salto de agua que mueve la máquina, pero almorzemos primero.

Terminado el almuerzo, les interrogó si ya podían ir a la fábrica, i en contestación se dirigieron para allá.

Llegando primero a la dependencia del consumo, se entendieron con el Agente acerca de la compra del

papel; pero Adolfo dirigía con avidez la vista a los otros departamentos, por alcanzar a ver a María del Pilar, i no le fue posible. Entonces, como de los dos compañeros, fue don Prudencio el que en el camino dio toda razón de ella, le hizo a éste la insinuación de pasar a la fábrica, i habiendo estado él en lo mismo, pasaron a ésta, i luego a la 5a sección, en la que, reparando la ausencia de la señorita, les preguntó el buen compañero de Adolfo a las operarias por la Directora, i una de ellas contestó: la señorita *Maruja* salió, pero pronto regresa, i en efecto, no se hizo esperar mucho.

Llega, la ve i mira Adolfo, i ante la presencia de la linda trigueña del precioso cabello de guedejas en graciosos bucles naturales, que se deslizan por las sienes, i la ardiente mirada del imán de sus ojos negros, siente una conmoción que, cual si se le alterara toda la red del sistema nervioso, quedó como una estatua i en un silencio de sepulcro. ¡Era natural!: su pensamiento recorrió rápido todos los momen-



tos de su primer amor, frustrado por el cruel Destino, i reunió como en un haz de inflamable combustible todos los afectos de su corazón.

Como el que lo condujo, don Prudencio, había sido bastante amigo de la señorita, se contrajeron los dos, prescindiendo de don Adolfo, tal que ni se percataron de lo que a él le sucedía; pero, pasados los momentos de la conversación que suele trabarse con los amigos recién venidos, volviendo el señor Paz la atención al amigo Adolfo, para presentarlo a la señorita, ven ambos que estaba como accidentado i le preguntan lo que le sucede, i en contestación solo balbuceó algo.....

La señorita María, que a sus prendas físicas reúne la vivacidad i la bondad, pidió que le pasen un pomo de agua de olor, i atendió i reaccionó al pobre accidentado, que, viéndose ante el original de la imagen de María, que siempre él en su mente llevaba consigo, habla caído en un verdadero delirio, al contemplarla en la hermosura de todo su desarrollo, i al venírsele a

Una los recuerdos de las felices horas de la inolvidable cabañal.

Hasta que convalezca lo dejó allí don Prudencio, i la señorita lo hizo pasar a las habitaciones, i entrar en un cuarto, en el cual se detuvo con él.

Mirándolo nota en la arrugada cara una vaga fisonomía del joven Adolfo, que allá, en años atrás, arribó a La Palma con ella i su abuela, después de aquella peligrosa navegación; i la preguntó su nombre, a lo que él profundamente emocionado le contestó:

— Soy Adolfo de Oliva i Peñaflores, el que tuvo la dicha de conocerla en la navegación para su tierra i la desgracia de no volver a verla más, por esa fantasma de mala suerte, que suscitó contra mí elementos i hombres, para impedirme el regreso a Vm. Pues, las borrascas de los mares i la maldad de los hombres, i más que todo la codicia de aquel mal tío don Ramón, del que quizás recuerde, se interpusieron en el camino de la felicidad, que en vuestra merced se me ofre.

cía, en alcanzando su mano.

La señora su abuelita, que tan buena voluntad me manifestó, i estoy deseoso de verla, hubiera puesto en mis manos esa felicidad, contando naturalmente con la correspondencia de Vm. a mi amor que, como el primero, solo morirá conmigo.

Mi abuelita, que para mí fue una segunda madre, i nunca dejaré de sentirla, falleció hace dos años, contestó María.

—¿Falleció?: me es muy sensible, i siento con Vm. tan irreparable pérdida!

—La perdí, i aunque aquí estoy bien, con la protección de mi tío, no se llena el vacío de la falta de mi sentida abuelita. — ¡Vm., por qué se ha avejentado tanto?. No es ni sombra del que conocí; parece que tuviera unos sesenta años.

—Acabo de hacerle una alusión a mis sufrimientos, que sería no acabar poniéndome a referirlos; i a las duras cadenas de ellos, debo mi prematura vejez: i Vm. puede ser, a la hora de hora, mi nieta: pues, su desarrollo en armonía con la edad de

los veinticinco años, en que debe estar, la tersura de su rostro, su donaire i su vida que, en ningún caso ha podido ser tan pesada como la mía, son prendas propias de una juventud que no ha tenido motivos de agostarse.

—En verdad que los trabajos envejecen más que los años.—¿I dónde vive, ya es casado i qué asunto lo ha traído por aquí?

Sin esperar la respuesta, reparando que se ha detenido más de lo que pensó, pidiéndole permiso, se dirigió apresurada a la fábrica.

Demoró mucho para la ansiedad del pobre Adolfo, que deseaba sondear el corazón de María respecto de él; pues, hasta el momento que salió, mas bien pudo notar en ella indiferencia, i solo atenciones de educación, no de pasión.

—I, ¿ni que me va a querer a mí, que ya la tierra me pide!—se decía para sí—, cuando ella está en la plenitud de su vida, con buena comodidad, i como dijeron ellos en el camino, con la expectativa de una herencia de ochenta mil fran-

cos! Ella, aún más hermosa ahora, que cuando la conocí. Cuantos jóvenes de esperanzas no se la desearán, i aspirando a su mano andarán requebrándola!

En estos pensamientos estaba con la mano en la mejilla, arrimado a la cabecera de un sofá del abuelo del señor Montemayor, en el cual con motivo del accidente, lo hizo recostarse, cuando oyó los pasos i aun le pareció sentir el mimbrear del airoso cuerpo de María, que un tanto ligero parecía volver a donde él.

Tan cabal como es: luz por su inteligencia, fuego por su actividad, constelación de gracias i afectos para sus amigos, llegando le dice:

—¿Convaleció, se siente todavía mal?; ¡No esté tan triste, por mis ocupaciones, hasta puedo pasar por displicente, discúlpeme i vames a servirnos una tasa de tè, ya que he tenido la grata satisfacción de verlo, cuando menos pude imaginarlo.

—Mehas gracias, Vm. es muy amable, i sus finezas me confunden,

\* \* \*

Pasan al comedor, servida la mesa de un rico i humeante pan i generosa mantequilla, se sientan a ella frente a frente, llega una tetera chinesca con un té cuyos vapores conducían lejos el aroma.

La señorita, recibéndola de la criada Pascuala que se la presenta, pone el té en curiosas tasas de china, e invita a don Adolfo a servirse de la deliciosa bebida. Ya en el pan la mantequilla se deshace, lo circunye, empapa i se absorbe en su porosidad.

Ve eso la Pascuala, que ya era de edad de poder estar en buenas, como que sin duda lo estaba, según el bulir que tenía, i exclama:

¡Que rico!

La niña *Maruja*, que a todo atiende, parte un pan, le pone mantequilla i le da para evitar el extemporáneo suceso.

Adolfo por su parte secundándole a la Pascuala, añadió:

¡Que exquisito, las cosas siempre son como de quien vienen!



—Lo único que de bueno puede encontrar aquí—le dijo María—es la buena voluntad.

Mientras se sirven el té, la señorita le insiste en que le satisfaga la pregunta que le hiciera antes, añadiendo la siguiente.

—¿I tendremos el gusto de tenerlo por aquí algún tiempo?

—Por mí, nunca me fuera de aquí, =contestó Adolfo—; i tras de un profundo suspiro, dirigiéndole una mirada de intensa pasión, continuó:

—¡Ah, señorita!, una sombra funesta se me interpuso en el camino que debía conducirme a la felicidad de unir mi suerte a la suya, contando como lo he dicho—con su aceptación. Muchas veces—como le efrecí a la finada señora doña Lucinda—me puse en camino para volver a Mallorca, en el vigor de mis energías cuando Ud. estaba en los quince, i siempre me lo estorbó la negra mano del Destino, ya agitando los mares, ya por la mala voluntad de los hombres. Aconteció que hasta naufragamos en las cos-

tas de Flandes, donde me salvé prodigiosamente, luchando con las aguas a *brazo partido*; i ganada la orilla, al fin me refugié donde un señor que me ocupó en una industria de él; i como mi situación me obligó a ello, me comprometí por ocho años, al cabo de los cuales volví a emprender el viaje para Mallorca; porque no he perdido de vista un momento la para mí celestial imagen de usted. Pero entonces me salió al paso la injusticia de los hombres; i para no alargarme más, omito tantas otras circunstancias que para referirse exigen meses. Hube pues de venir a mi patria por los Pirineos, a dar en Castilla la Vieja i he estado por un campo de Sorri, donde un señor, verdadero hidalgo, con quien estoy en un negocio. No he tenido ni tiempo, diré así, de casarme, como tampoco lo he pretendido con ninguna otra persona que no sea usted; i ya que su amabilidad me alienta, me permito decirle que de su voluntad estoy pendiente; que no me ha traído por aquí ningún negocio, sino el



de verla, i si puedo, ser feliz con Ud. De sus labios dependen mi vida o mi muerte. No me casaré con otra; porque tengo para mí, que el primer amor, viviendo en el corazón, es un obstáculo a la felicidad del matrimonio realizado por un amor *sustituto*.

Este relato, a lo menos, por conmovedor interesó mucho a María, que era de sentimientos muy delicados, i exclamó:

—¡Me ha llegado al alma la relación de usted; veo que en verdad su vida ha sido un via crucis: no ha tenido usted juventud. Ha recorrido la senda de su vida sobre aros de espinos, mojando el suelo con la sangre de sus plantas, dejando en su camino las huellas ensangrentadas de sus pies, i que en vez del bálsamo que cicatrice sus heridas, nuevas espinas han abierto otras. ¡Pero sé que de la sangre de los mártires brotan laureles para sus sienes i de la de los héroes surgen pueblos libres, como lo esperamos de los que están muriendo por librarnos de Napoleón!. Usted es un héroe i me.

rece todo aprecio y admiración.

—¡Qué misión tan estéril para la misma Francia! repuso Adolfo—: ese Hombre está segando millones de vidas útiles; i tal vez con sus guerras no aumente para su Nación ni un villorrio! El 27 [Julio de 1809] hubo de empeñarse la batalla de Talavera; ¡i todavía los nuestros con su sangre habían de enrojecer las aguas del Tajo!

—¿El 27 era la batalla de Talavera?— preguntó María—; y añadió: pero allí están los generales Cuesta i Wellington. En cuanto al cariño del que me da una extraordinaria prueba, recorriendo media España por verme, no está mal correspondido; porque, desde que estuvo en nuestra modesta casa, en La Palma, no dejábamos de recordarlo con mi abuelita, que se enamoró de usted, i aun valiéndose de un médico de Burdeos, un doctor Fiaydit, que llegó por Mallorca, tuvimos noticias de usted, hasta que pasó por Lyon; i así, lo de más que omite, no me es tan desconocido, i hasta se rumoreó que se había casado con una flamenca; i ni

sé si recuerde la broma que le hice cuando se despidió de nosotras.

Bastante se corrió Adolfo con esta sorpresa que le dió la relación de María; pero serenándose repuso:

—No le oculto, sino que por no cansarla con una historia tan larga, me limité a lo de Flandes; i por lo que hace al matrimonio, ya le digo que soy soltero, i lo de la broma no podía olvidárseme, sin olvidarla a usted. No me atormente, Marujita: deme el cielo manifestándome si me otorga el don de obtener su mano, o condéneme al insoportable infierno de vivir sin Ud., en una vida que sellará mi desventura hundiéndome en el brumoso mar de un eterno despecho.

—Siento para con usted un afecto que mal puedo disimular—contestó María—Pero, debo decirle que un amigo que se le ha adelantado, de varios que han tenido a bien pretenderme, al cual pronto lo conocerá, casi me tiene tomada la palabra de hacerlo con él; i creo que se ha dirigido a mi tío, porque sin el consentimiento de él, ¡imposible!, que

yo acepte a nadie, así se me arranque el corazón.

Estupefacto i helado: petrificado quedó Adolfo ante una franqueza, que para él era una sentencia de muerte; i sin acierto, tan solo exclamó:

—¡Ay!, qué desdichado vine al mundo! No sé para qué existimos los que en todo hemos de salir mal. Sea, sea! .....

Reponiéndose un tanto:

—¿I es joven su pretendiente?

—Está por los veintiocho años. Pero, eso de la juventud del novio no es una condición, ni menos un mérito, para que la mujer que algo piensa, lo acepte. Yo entiendo que las obligaciones del matrimonio exigen reflexión i un modo de vivir seguro: los jovencitos, como que es propio de la edad, no se preocupan de la realidad de la vida; i a cuantos se les oye la literatura de que con la *dama de sus ensueños, serían felices aunque sea a la sombra de un árbol*, i de verlos se echase auestas el imponderable peso del matrimonio, sin más que una ilusión que

muere al tocarse con la terca realidad. ¡ Ahí, de los arrepentimientos!.....

—Con muy poco soy de más edad: no paso de los treinta años. Por lo demás, ¡qué satisfacción de oírlo! Usted con su talento se adelanta a la experiencia.

—Usted ve en mí hasta lo que me falta—repuso María—; ¡ por lo de su edad, cuando nos conocimos, a lo más estaría en los veinte.

Echando de ver que ya solo estaban a la luz del crepúsculo de la tarde:

—Ni hemos reparado en las horas—dijo María—, ¡ ni el té hemos concluído.

—Así es, la he hecho perder el día inutilmente—dijo Adolfo—; ¡ ¡puede, aunque talvez, faltar a la delicadeza, facilitarme una entrevista mañana?. ¡Perdone que le sea tan impertinente!

—Nunca es perdido el tiempo, con amigos de imperecederos recuerdos, ¡ ¡puedo recibirlo de siete a nueve de la noche, ¡ ¡siempre.

—Muchas gracias, niña; ¡ ¡a dón-

de vive su tío, podré relacionarme con él?

—Vive lejos!....., por Loja, que está de aquí a unas ochenta leguas.

—¡Imposible verme con él, sino hago un viaje de muchas jornadas!; pero para lo que quiera, vuelvo mañana.

Se despide estrechándole afectuosamente la mano:

—Hasta mañana, niña.

—Hasta mañana, mi amigo.



## CAPITULO XII

### HERENCIA DE ADOLFO.—LOS CELOS.—DE BENANTIL A LA PLAYA DE LA RENEQADA.

.....

A la hora convenida estuvo don Adolfo a ver María; i no bien entró, visto por la Pascuala, fué anunciada su presencia.

—¡Niña Marujita! el señor de ayer viene.

—¿Quién; el señor don Adolfo? Hazlo entrar.

—¿Se puede?.

Saliendo María a la puerta de la sala:

—Pase adentro, tome asiento: ¿i se restableció bien, ha paseado algo, qué le parece Alicante?.

—Con las atenciones de Ud. convalecí perfectamente, hoy me he dis-

traído, según el tiempo de qué ha dispuesto, el buen amigo don Prudencio: subimos al Castillo de Santa Bárbara: es un edificio que en su tiempo habrá sido un lujoso atalaya de la ciudad; bajamos a la bahía que seduce aunque me pareció un poco alterada; de los malecones, que son muy buenos, recorrimos el mejor, así como una parte de la ciudad: parece que pasan de cuarenta mil las habitaciones, i el compañero me dijo que estaba calculado el número de habitantes a cuatro por vivienda: ¡i qué encantadoras las florestas de laureles, mirtos, brezos, olivos, sauces, naranjos, palmitos, dátiles, viñedos, cañaverales, robles, castaños, i en fin de todas las especies de vegetación del paraíso de nuestra Península!

—Me complazco de que se haya olvidado de sus males, como distraído i recibido buenas impresiones de Alicante; i si, saliera a las villas i caseríos, se inspiraría en sus bosques, i avanzando a Denia, quedara encantado viendo por la noche las luces de diversos colores de los preciosos Faros. El Castillo está un tanto des-





truído, pero es un buen testigo secular de muchas cosas: las habitaciones con los albergues no bajan de ochenta i cinco mil, i los habitantes de trescientos cuarenta mil. I en un paseo al Júcar recibiera impresiones grandiosas, i quizás le saliera una mujer de *humo* i de *agua*, como las llaman a las hermosas hadas i lo hiciera feliz casándose con usted, o a lo menos, le obsequiara un pañuelo, ya que dicen que con una de esas *prendas*, nunca le falta nada al que *las tiene*, i en *todo sale bien*.

—¡Ah, señorita! Vm. me quiere dar una mujer de *humo*!; i medrado quedaría yo casádome con una de ésas que, de carne i hueso, también se encuentran a millares donde quiera; i ya que de hadas me trata, también podría ser que me toque una de las que el río arrebató en la corriente, por lavar en Viernes Santo a favor de la noche, i llegar i caer con élla, sin culpa, en el negro Tártaro, porque así mismo, dicen, que allí sufren su castigo; i sin duda me da esas novias, por considerarme indigno de llegar hasta Vm. Parece

q' el camino de mi vida estoy condenado a hacerlo rodando por tajos i barrancos, golpeándome la cara en las rocas salientes, como Malco, el de la sacrílega bofetada, sin siquiera el desesperado consuelo de acabarnos llegando al fondo. Si no puedo merecerla, si Vm. jamás ha de ser mía, ¡por allá, en los Pirineos!, también hay una escarpadura denominada **Despeñaperros**: quizás allí cesará para mí el inmerecido castigo de Malco, al que acompaño sin haber cometido el sacrilegio de él.

—No lo dije por tanto, querido amigo; ¡¿porqué había de llegar a ese punto su despecho?: reflexione que no nos es dado adivinar las cosas; ¿cómo podía saber yo que usted me amaba, i menos pretenderme i que tendría el agrado de verlo después de tanto tiempo?. Si usted de ésto no tiene la culpa, yo tampoco; i así, como encontrarme sólo de pretendida, ha podido encontrarme casada. ¿I entonces?.....

—¡I, ante todo, ya que me dispensa el favor de sus atenciones, ha recibido su novio contestación del

señor Montemayor podré saberlo, i el nombre de su feliz pretendiente.

—A él no le contestaré aún; a mí me ha dirigido unas pocas letras en que me dice que poco recuerda del amigo que le ha escrito solicitándome; pero que él más desea que no me case hasta después de sus días; que, dada su edad i sus achaques, los cree ya contados; i sobre todo que es asunto de tratarse despacio. En cuanto al nombre, ¿desea mismo saberlo?

—Si me hace la fineza, estimaré que me lo diga: ¿I no es uno como de mi estatura, bermejo, seño, que parece de un carácter impulsivo? Lo vi temprano por aquí hablando con el vendedor de papel, i me parece que le dijo que todavía no le contestaba el señor Montemayor.

—El debió de ser, i aun vino a verme un rato; se llama Juan Cienfuegos i sí es, pues, subido de temperamento; i como había entrado por verme, mientras estuvimos en el té, ya lo ha visto i hasta me preguntó que dónde he tenido este amigo; de modo que ya él tiene noticia de Ud., i aún me di-

jo que deseaba ser su amigo.

—Hay nombres o apellidos que corresponden al carácter de las personas, i esto sin duda ocurre con el señor Cienfuegos. Por lo de nuestro asunto, me parece que por hoy está Ud. desligada de todo compromiso con él; sino que en las querellas de amor, creo que la mujer es el único juez a quien corresponde su decisión. I a mí, el que anda en el Monte—Perdido de las sombrías i abruptas selvas de una vida adversa, ha de tocarme oír de sus labios la fatal sentencia de mi reprobación. I lo que es, por lo de relacionarme con el señor Cienfuegos, lo dejo al parecer de usted.

—No se desespere: usted ha manifestado una idea que, sin dejar de ser prácticamente común, es una novedad, por no repararse en ella; si pues, de la voluntad de una depende, usted se atormenta de puro celo; i por lo pronto no puede sentenciarse la querrela.

En esto llegan i tocan a la puerta, que inadvertidamente había quedado lo más cerrada, al entrar Adolfo:

—¿Señorita, se puede?

—Pase adelante

Es don Prudencio:

—¡Don Prudencio! sea bien venido, usted es un ingrato, no regresó ni a ver al amigo.

—No me fue posible por estar en la compra del papel i en el avío del compañero con la carga, i atendiendo a unos amigos que fueron por mi hospedaje.

—Muy de prisa había venido don Edmundo, dijo don Adolfo.

—Como Ud. sabe, necesitamos con urgencia el papel en Montilla, repuso don Prudencio.

—¿Usted no es de Cañete? preguntó María.

—Sí, pero me he radicado en Montilla, cinco leguas antes, por una sociedad con el señor Herrera, que es de allí, contestó don Prudencio.

—Entonces, ¿ambos son de Cuenca, de esa provincia, de emprendedores, laboriosos, progresistas, decididos por los amigos, i generosos?, interrogó María

—¡Patriotas—añadió don Prudencio—, porque, por allá en Talavera, está derramando su sangre una grue

sa columna de mis paisanos. Por lo demás, agradeciéndole mucho su simpatía por Cuenca, le pido que me disculpe por la acaso petulancia mía.

—Está bien, señor don Prudencio—dijo María—:es muy natural el interés por el propio suelo, como lo es el que un buen hijo tiene por su madre. ¿I en cuanto a su alojamiento, en qué hospedería lo tenemos?

—En la de don Sancho Sacarías.

—Pero, sólo del estafalarío nombre de *Kinkara* oigo que lo nombran, dijo don Adolfo

—Dicen que el sobrenombre es de origen tártaro, observó María.

—¿I qué significará esa palabra? preguntó don Prudencio.

—He oido que quiere decir *puerco de oro*, contestó María.

—¿I que gordel, dijeron don Prudencio i don Adolfo.

—También parece rico, añadió el segundo.

—¿Fuera de pelarlo!—dijeron don Prudencio i María—ja, ja, ja, ja.

—Ustedes me le dan otro sentido a la palabra, son muy listos, dijo Adolfo: yo me refería a la plata.

—Así debió de ser—dijeron don Prudencio i María—; pero, por puerco de oro, bien le cayó!.....

—¿Hay algo de notable por la ciudad?, pregunto María.

—Unas noticias muy buenas, y de felicitaciones para España i el amigo Adolfo, al que si no me equivoco, se refiere la segunda—contestó don Prudencio.

—¿Cuáles?, interrogó con avidez, María, i agregó: ¿tal vez el triunfo de los nuestros en el Tajo, i algún negocio bueno para el señor don Adolfo? pues, de corazón le deseo todo bien, como me interesa la derrota de los franceses.

—Las gacetas de Madrid, que traigo aquí, que son El Correo Noticioso i el Correo del Diablo, anuncian, el primero que hemos *triunfado* en *Jalavera*, i el segundo que *ha muerto* ahora seis meses un señor don Ramón de Oliva en Albacete, i que a petición de la viuda, doña Rosa de la Huerta, se cita i emplaza a los herederos, especialmente, al ausente Adolfo de Oliva, i acreedores para que *hagan valer sus derechos*.

—¡E tamos de vino por el triunfo!

exclamó María— ¡ el muerto no es otro que tu tío, le dijo a Adolfo.

—El baile de la sardana, el vino, por el triunfo! exclamaron don Prudencio i Adolfo.

— ¡ por mi asunto, lo malo está en que dé la noticia una gaceta del Diabolo; porque éste es falaz en todo concluyó el segundo.

—Pero en esta vez va a ser verdadera, repuso don Prudencio; i prepárese amigo, para el viaje a Albacete.

—¡El vino, el vino!, dijo María: acordarase cuando estuviere en su reino! . . . .

—Muy bien, niña, repuso Adolfo; es muy humorística: yo mas bien le dijera a usted que ¡me abra a mí el de la esperanza! . . . .

Leyendo la noticia:

—En verdad, dijo don Adolfo, i ha fallecido el primero de Enero, estando yo por los Pirineos de Francia, i está viva la tía Rosa, ¡qué tan buena fue conmigo!

Lo felicitamos de veras, dijeron María i don Prudencio.

No bien acabaron, cuando dieron tres golpes a la puerta de la sala.



—¿Quién?

—Yo, señorita Maruja.

—¡Don Juan!: éntre, dijo María.

—Buenas noches, señorita i señores.

—¿Es amigo de los señores? le preguntó María.

—No tengo el honor de conocerlos.

Presentados para lo que se pusieron de pie, se sentaron todos a insinuación de la señorita.

Una pausa:

—¿Han venido por primera vez? interrogó don Juan.

—No, señor dijo don Prudencio: yo he venido algunas veces.

—¿I usted?, dirigiéndose a Adolfo ha paseado algo?

—Bastante.

—Fuera bien que salieran al puerto de Denia: es un bonito paseo, en el cual pueden tocar en la villa de Javea, donde el río Jalón encanta con su arboleda, o también a las villas de Santa Pola i Torrevieja, a las playas de los Pájaros i Aguas Amargas....

—¡Ah, señor!-aunque le inte-

rrumpo—de aguas amargas estoy hasta las cejas y más arriba, dijo don Adolfo.

—¿Qué le angustia tanto, señor?, repuso el que hablaba; pues, aunque usted pudiera ahogarse en ellas, puede no sucederle lo mismo a cualquier otro. ¡Parece que Marujita fuera para usted de las aguas amargas! Lo cierto es, continuó Cienfuegos—, que para el que tenga gusto, sus caminos ofrecen hermosos paisajes, i hasta alamedas de tanto árbol frutal, que parece trasplantado a nuestro suelo el Paraíso de Adán i Eva, que por la golosina de la fruta, que llaman prohibida, fueron echados de allí, saliéndoles tan amarga, que hasta nosotros sentimos amarga la saliva. ¡Ah, el cebito de la fruta prohibida! por la que hasta los viejos se vuelven niños; i andan en lloriqueos i requiebros i accidentándose. I estos no se libran de caer en el puente del Diablo que, según se lee, fue construído en una noche por Lucifer, a quien, no sé que señor, que este momento no recuerdo, le ofreció una



alma, por cuyo cebito le trabajó el puente; i hecho, le faltó al compromiso del pacto infernal, no entregándole el alma; i así, por esa vez siquiera fué engañado el Diablo por un hombre. Los viejos enamorados son el desquite de las pérdidas del Diablo!

La señorita María, que había salido el momento que hablaba Cien fuegos, regresó con la Pascuala por delante, haciendo conducir una bandeja de buenos vasos de vino de *lágrima*, que olía la uva, extendiéndose su fragancia por toda la sala.

—Sirvámonos, les dijo, un vaso de vino, por ser de un viñedito que tengo detrás de la fábrica de papel, i por nuestros triunfos.

¡—Muchas gracias, niña Marujita—dijeron los invitados—; ¡qué fragante, como la flor de quien viene el dulce obsequio!

—Razón tenemos todos de querer beber del cáliz de esa flor, concluyó Cienfuegos, adelantándose a Adolfo, que dijo, o se contuvo de decir lo mismo.

—No es ni un vino generoso, para desviarse del natural elegio, dijo la obsequiante; i ruborizándose, añadió: hay jugos de flores que, para ser gustados por malos labios, es mejor que se sequen en su cáliz. Han de catar en el vino mas bien una demostración de mi buena voluntad.

Tomado el vaso de vino, reiteraron las gracias, diciéndole que estaba muy bueno; i como Cienfuegos notara en la contestación de la señorita una reconvencción, dijo:

—Perdone, Marujita, que el cariño que le tengo tal vez me deslizo las palabras.

Don Adolfo, que fué interrumpido por el incidente del vino, i como ya se le pudría en el pecho la réplica, que estuvo en hacerle a Cienfuegos, quien lastimó su amor propio, inmediatamente del perdón solicitado por él, tomó la palabra i dijo:

—Yo también, niña Marujita, le pido perdón para volverle la cordura a este señor, que mientras vuestra merced, no estuvo aquí, por obse-

quiarnos el vino, estalló contra mí, tratándome de viejo niño que me ando accidentado, i con lloriqueos i requiebros, injuriándome hasta el punto de decir que con los viejos enamorados se desquitaba el Diabolo de las pérdidas de otras almas. Este señor no reflexiona para hablar, si él, es joven, no debe celarla conmigo; porque, hablemos claro, el jovencito ceta a vuestra merced con el viejo; parece que lo devoran las cuitas por las finezas que sin merecerlo me ha dispensado usted, niña Marujita; i no entiende el cuitado, que en edad con muy poco soy mayor de él, tal vez con dos años, sino que las circunstancias de la vida que no son las mismas para todos, como cualquiera lo sabe, nos arrugan, i blanquean el pelo antes de tiempo; i vuestra merced, señorita, que me conoce, sabe que me he avejentado, i no envejecido.

—En verdad es así, repuso María, conocí al señor don Adolfo de unos veinte años, por el de 1799, más o menos, i a la fecha, que estamos en 1809—tendrá treinta; i u.

ted, señor Cienfuegos, ha procedido muy mal, injuriando al señor en mi casa; i más habiendo venido a los años i cuando su permanencia por aquí creo que será de pocos días.

—De pocos—añadió don Prudencio—, según me lo ha dicho i tanto más, que está en irse pronto a recibir su herencia. Sa ve que el señor Cienfuegos es celosito i se sulfuró ante un rival de fantasma.

—Le ha faltado moderación al señor Cienfuegos—observó María—; i malo que un pretendiente obre sin reflexión, i no aspire a la mano de una dama con un porte caballeresco i digno.

—Está bien, dijo Cienfuegos, levantándose para irse, i dirigiéndose a Adolfo, añadió: "Mañana nos encontramos, señor, en la playa de la Renegada".

—Usted me falta, señor Cienfuegos, dijo María.

—No, señorita, yo también he sido injuriado por su *gran amigo*.

—Usted podía llamarme afuera para su reto, dijo don Adolfo, i se pa de antemano que los que hemos

vivido en los escarpados Pirineos, acostumbrados a trabajar bajo un sol implacable a la agilidad del cuerpo i a dormir al raso a kilómetros de las poblaciones, sabemos ser hombres.

—Va a medirse el costefío con el serrano, dijo don Prudencio.

Fuese el del desafío, siempre atento con María, envolviéndola en los rayos de sus ojos verdes, con una mirada de inextinguible amor, haciéndole una ligera venja de atención a don Prudencio i ninguna al retado. Así como salió preguntó Adolfo que de dónde era Cienfuegos.

—De Grao, contestaron don Prudencio i María; ¿i piensa ir al desafío?

—Es cuestión de honor, contestó Adolfo.

—Don Juan tiene siempre de estos arranques, dijo María.

—Sería una mozonada, añadió don Prudencio, i una necedad que un cuerdo pelee con un loco; i si le sale por allí con sus valentías, lo que usted debe hacer es decirle: yo tengo que perder metiéndome en

estas monadas; pero si me ataca, me defenderé.

—Estoy con don Prudencio, dijo María: la prudencia le acompaña siempre.

—Y entre tanto, qué hora es?, preguntó don Prudencio.

—Las doce de la noche, dijo María, viendo en un relojito que había tenido.

—¡Tardel, dijo don Prudencio, ya vamos.

—Vamos, repitió Adolfo; hasta mañana.

—Hasta mañana, caballeros, ¡que no me lo maten a don Adolfo!

—He de acogerme a la Virgen del Pilar, concluyó Adolfo.

—¿Le hará el milagro?—dijo María-, sonriéndose con gracia.

\*

Se dirigía Adolfo al día siguiente con don Prudencio a los malecones, por distrarse en la bahía, e iban conversando de lo ocurrido en



la noche anterior, donde María del Pilar, cuando los sorprendió Cien fuegos, y les salió al paso, y encarándosele a don Adolfo le dijo:

—Usted va muy tranquilo, como si no tuviera que darme completa satisfacción de las injurias por que lo desafié anoche: conmigo se las tiene hoy, inicuo, ruin, ladrón, pocos pasos de aquí, i estamos en la playa de la Renegada. Las ofensas a un caballero se reciben en la punta de una espada, concluyó mostrándole la que llevaba.

—No he sabido que haya playa de la Renegada, sino, por Santa Pola, el bajo de ese nombre, observó don Prudencio.

—Aquí en las goteras de la ciudad, al noreste, hay un codo de playa, que también se llama la Renegada, y el que no sabe, no debe meterse, replicó el desafiador.

—¡Ah, hay dos renegadas i un renegado!, murmuró don Prudencio.

—Dejémonos de dilatorias, i al campo del honor—dijo Cienfuegos—, insistiéndole a Adolfo en el desafío, porque debo hacer saber a España

¡ sus Indias, ¡ por los siglos, quienes os Cienfuegos.

Como el desafiado no tenía nada de matón, ¡ atribuyera el reto a una exaltación del momento de su contrincante, no llevaba sino una vara de fierro que hacía de bastón; ¡ así le dijo:

—Yo no tengo ni espadilla, me... nos espada, a no ser esta vara que acaso me sirva de arnés siquiera para los reveses de su agresión.

—Esas son disculpas de un cobarde Horón, que con lloriqueos ¡ embustes quiere conquistarse el corazón de María ¡ defraudarme del amor que ella me tiene. Pues, ¡ por el cielo que nos cubre!, que he de apartaros de ella. ¡ Vive Dios!, que èsto he de sustentarlo con la fuerza de mi brazo que blandirá esta espada, tal, ¡ que su estrago resuene en toda España.

—Es usted todo un *quebranta huesos*—le dijo Adolfo—, con notable serenidad. Pero menos palabras ¡ más hechos; aunque me obliga sorpresivamente a un duelo que no he pensado, ¡ ni soy hombre de desa\_

fíos, lo atenderé defendiéndome, y vamos, señor desaforado; usted, para ser de puerto, es un cerrado montañés: si tan apretados son sus sesos, mal puede uno trabarse a razones con usted. Vamos, i adelante.

—Usted adelanta.

—No señor, yo voy con mi amigo, contestó Adolfo; i ni conozco dónde estará esa renegada, que usted dice.

Adelantó el desaforado, pero iba volviendo la cara, como que temía algo de parte del desafiado. Llegando a la playa, retó a su contrincante Adolfo en estos o parecidos términos:

—Teneos ladrón, que aquí os tengo, atrevido vejete, soez, infame, bellaco, villano, depositario de mentiras, armario de embustes, saco de maldades i basilisco de los montes; que nadando vea yo el alma de este maldito engendro en las *rocas fundidas* de los infiernos. Me ha buscado para arrancarme en María el corazón; pues, le arrancaré el suyo, renegado hipócrita, i se lo daré a

los buitres de esta playa.

—¡Menos alharacas i más obras!  
—gritó don Adolfo, desde la raya que ocupaba en el campo de los *desagravios*: no despierte mi cólera i déjela dormir en el lecho de mi a, costumbrada paciencia; porque aquí tengo esta vara para multiplicar su cabeza dejándola en pedazos.

Don Prudencio que había hecho silla de descanso una roca de por allí, movía la cabeza de rato en rato, e iba de asombro en asombro, viendo ese enérgumeno, i se decía: verdaderamente éste es un renegado, i le gritó:

—Señor, aunque sea mátelo; pero proceda, que nosotros tenemos que hacer.

—¡Pesial, que hoy dé al diablo estos mastines, ¡rugió Cienfuegos!, i dando una zapateta, hinchados los carrillos, inyectados los párpados de sangre, saltándole los ojos de las cuencas—que las tenía hondas, como bóveda—, con soeces palabras i furibundos ademanes, que bien demostaban la cólera que se encerraba en sus entrañas, se lanzó contra A.

dolfo, que en breve comenzó a recibir tajos i mandobles, i de revés, que él burlaba con la buena esgrima que había sabido; i, a un diagonal que le dirigió a la cabeza, creyó don Prudencio, que aterrado contemplaba el ataque, que ya se la dividió, i exclamó:

—¡Tate!, reo, dirigiéndose al agresor, i luego, al agredido: ofenda usted también.

—¡Guay!, lebrél intruso, exclamó el de las furiosas embestidas; i a Adolfo: tápese que esta noche estará su alma bailando la *zarabanda* con las danzarinas infernales; hoy lo haré rezar muy bien ante la Virgen del Pilar, mandándolo a Zaragoza en las garras de los cuervos. Encomiéndese al Capitán del buque *fantasma*, que en los mares lo persigue, para llevar su esqueleto en sus negras banderas.

—Pues, el pérfido es usted, contestó Adolfo, que bien se saben sus milagros: esa niña que violó en la orilla del Segura i murió enloquecida de dolor por su deshonra, sale en espectro todas las noches, como cuentan

los de allí: ve el sitio de su afrenta, clava en él fijamente los esqueletados ojos, hace no sé qué sortilegios, i entonces se desencadenan los vientos i ruge el río pavorosamente, i ven que, revistiéndose el espectro del ropaje podrido de sus carnes putrefactas, le hecha al cuello una cadena a un espectro en carne i hueso, como Ud. i se sumerge en el río a trayéndoselo a él de cabeza. Si el buque fantasma es de llevarse mi esqueleto, hoy haré dormir la cólera de usted en los senos del Segura con el espectro de la violada, que dizque se llamó Clorinda, i lo espera para el buen baile del *fandango*.

—Pues, para qué lo bailemos los dos—dijo Cienfuegos—, i alzó la espada a darle un tajo de revés, a lo que Adolfo, con un rápido movimiento a la izquierda, paró el terrible fendiente con la vara, dándole a la vez en lleno con toda la fuerza en la hoja, que hizo volar con la punta la mitad de la espada, i desarmó al valeroso caballero.

—¡Hi, hi, hi, hi! ¡hurra!—exclamó don Prudencio.

I como supiese que lo habían confirmado con el *alias* de *duende pesadillo*, añadió:

—¡Està en la olla el trastorna casas!

Insistiendo, arremetió Cienfuegos con la mitad de la espada que de la empuñadura le quedó en la mano; i Adolfo le asegundó un varazo por el término del anterior, i le arrebató la otra media arma.

Entonces:

—Ahora, el campo es mío—le dijo Adolfo—: desmentíos como honrado caballero de todas las injurias, hasta de *ladrón* que habéis suelto contra mí, o aguarda que os concluya, i os deje aquí para pasto de los buitres. Os habéis desocupado de tantas injurias que, si fueran de carne i hueso, i obra de las tempestades del amor, perpetuarían la especie humana, como las del cielo fecundan la tierra.

El reconvenido no avino en ello:

—¡Puf, psche!, dijo.

I volviendo la espalda, con la tenacidad e indomabilidad, en veces,

Del carácter español, acudió rápido por una piedra i a lo que se agachó a cogerla, pasando un jaca mocito que desbocado, iba sacudiendo feo al jinete, dio con él sobre Cienfuegos, que se fué de cabeza en un charco de lodo, donde una piedra se la rompió, quedando el caso una maravilla, que hizo soltarse a todos una carcajada: ja, ja, jaaa; i terminó la tragedia con la comedia.





## CAPITULO XIII

**EN CASA DE MARIA DEL PILAR.—LA JUSTICIA  
SOBRE ADOLFO.—TRISTE Y FURTIVA DESPEDIA.—  
CONCLUSION.**

.....

María que, sabedora de la realidad del duelo, había mandado al mayordomo de la fábrica a ver en lo que paraba el desafuero de Cienfuegos, esperaba inquieta la noticia, cuando de una ventana de la calle, vió llegar a don Adolfo i don Prudencio:

—¿I Cienfuegos?—preguntó.

—Ya es presa de los cuervos—dijo, sonriéndose don Prudencio.

—Sírvanse entrar, que estoy intranquila.

Ya en la sala:

—¿Cuál fue el desenlace del due-

lo?—les interrogó con la avidez de la zozobra: Murió don Juan? Temo, porque es muy sensible la muerte de un amigo, i porque puede serle de malas consecuencias a usted—le dijo a Adolfo.

En èsto llegó ligero el mayor-domo, que por ver el *desaguisado* en don Juan, se atrazó.

¿I porqué ha tardado tanto, dejándome en la inquietud que vió? Qué es de Cienfuegos?

—Me atra....

No terminó la palabra, cuando se oyeron golpes violentos en la puerta de calle.

—¡Eh!, pardiez, que no sea la justicia!—dijo María.

Salió a la ventana, i se le presentó el Alcalde de Barrio con el Sayón (alguacil) i seis gendarmes de la Guardia Civil, en pos de Adolfo.

—Señorita—le dijo, aquí acaba de entrar un *foraño* que en una pendencia ha *muerto* u herido a don Juan Cienfuegos en la playa de la Renegada, i necesitamos su permiso para *extraerlo*.

—No ha entrado en mi casa,

le contestó.

—Señorita, hay dos testigos que lo vieron entrar, precipitado; i espero que vuestra merced me evite el caso de *forzar* su domicilio.

María les hizo una seña a don Adolfo i don Prudencio, para que por un pasadizo escapen a la huerta, i en seguida le dijo:

—Entre, señor Alcalde, aquí está el que vuestra merced dice que ha entrado [y le presentó al mayordomo de la casa), que fue el que acababa de entrar.

Lo vieron los testigos, i dijeron: parece que no es éste.

—¿No sois vos el que vino del lado de la Renegada? le preguntó el Alcalde.

—Sí, señor Justicia—contestó el mayordomo—, i lo que vi fue que cayendo un caballero de su jaca mocito i rebelde en don Juan le hizo un *desaguisado*.

—¿No peleaba el del jaca con el señor Cienfuegos, cual fue el *desaguisado*?

—La caída en un charco que le rompió la cabeza i lo dejó enmascarado con el barro i la sangre, por-

que sin duda se dió en una piedra.

—Terminado, vamos a la Renegada, dijo el Justicia al Snyón i Gen. darme; i a la señorita, perdone vuestra merced. I se fueron.

—Pasó el peligro—le dijo María al mayormomo.—¡llámelos.

Llegando les dijo:

—El mayordomo se desempeñó bien; pero creo que seguirán el juicio, i pueden prenderlo a don Adolfo; i es preciso evitar. ¿I, si no paso de importuna, cómo fue la riña?; el mayordomo ha dicho que un jaca fue la causa; de una herida en don Juan.

—Mas o menos, como le ha referido fue el caso, porque don Adolfo no pasó de romperle la espada, i sin duda vieron de alguna parte la riña, que ya lo sabe la Justicia, dijo don Prudencio.

—Bien, repuso María, no hay culpa en don Adolfo; pero pueden apresarlo i perjudicarlo hasta esclarecer las cosas.

—Así es, agregó don Prudencio; i yo ya tengo que regresarme a

Montilla.

—Yo también—dijo don Adolfo—; aunque me detienen los vínculos de la amistad que han arraigado mi voluntad en tal manera, que preferiera dejar mis huesos aquí antes que irme. Pero tengo de partir, i por Albacete a ver si recibo mi herencia.

—Entonces, podemos acompañarnos—dijo don Prudencio—, ya que por allí hay carretera hasta Roda, de donde tomo el camino de Montilla.

—Bueno está, repuso Adolfo, para ir en tan buena compañía.

—Pero, fuera conveniente que se dirija por el camino de Teruel, porque por allí me parece que hay menos peligro para usted, le observó María.

—Por Cañete sale la carretera a Teruel, de donde puede dirigirse a Soria, hasta sin el *temor* de perderse—dijo don Prudencio.

—Magnífico, dijeron María i don Adolfo.

—¿Quedamos en ello? — insistió don Prudencio.

—En élle.

—Està bien, i paso por el sen-

timiento de dejarlos, por mis ocupaciones; pero nos veremos luego—le dijo a don Adolfo—porque ya ha de ir a la hospedería. Hasta mañana, niña Marujita.

—Hasta mañana, señor don Prudencio.

Quedaron solos Adolfo i María, i entonces volvieron a lo del duelo, i el peligro de la captura, por lo ocurrido con Cienfuegos, i acordaron respecto de la herencia lo más conveniente.

—¡Ah, Marujita, que desdichado soy yo! —dijo Adolfo— que he de tener de separarme de usted, sin oír de sus labios el solemne juramento de unirnos para siempre, con el soñado lazo de oro de mi matrimonio con usted. I que he de haber de arrancar de aquí sin siquiera el consuelo de pasar unos días más i despedirme tranquila i francamente.

—Así sería el destino fatal de estar unidos los corazones i de haber de vivir separados, dijo María: lo peor es que tiene de regresarse desviando caminos; porque yo veo que está en el peligro inminente de que,

siguiéndole la causa criminal, lo reduzcan a prisión por un tiempo, que nosotros mal podemos calcular. Pues, como don Juan vive aquí i es bien relacionado, pudieran aunque sea con jureros, que en ninguna parte faltan, vejarlo a usted, tratándolo como criminal; i cuando ésto no fuere, por lo menos lo perjudicarían inmensamente. Así, yo estoy en que debe terminar el asunto de la herencia, vendiéndola i no detenerse en Albacete a reclamarla ante los jueces. Aquí hay un doctor que tiene el negocio de hacerse ceder las herencias i seguir él los juicios.

—Por lo menos, *Marujita*, deme con la mano la inquebrantable promesa de no casarse con nadie; i menos con don Juan que en muy poco estuvo para que me mate. ¿I no mereceré de vuestra merced ese consuelo en correspondencia de mi abnegación, llevada hasta el último sacrificio? Hoy mismo hubiera dejado mi existencia para siempre en una playa, como perro; i usted sabe muy bien el motivo: el de amarla, puedo decir, hasta la muerte; por

que no otro fue el origen del furor de Cienfuegos que el de la excitación de los celos. ¿Qué hubiera hecho, Marujita, si Cienfuegos me dejaba de fastidiar de los buitres, como me lo dijo, en medio de una tempestad de injurias? que, hasta don Prudencio, con ser que es de una moderación sin segundo, se indignó en términos de no creer, i salió desconocido de los de la paciencia, que es ingénita en ese segundo Job. Cierito, que por vuestra merced, no digo, una vida sacrificara, sino cuantas tuviera: si me mata el hombre *ese*, por usted, bien muerto quedaba; pero sí creo que un amor como el mío, hasta de rendir el último aliento, algo debiera significarle a usted, Marujita. Tal vez, esta es la última que la importuno, ya no la verè más, i todavía acaso sea tan desgraciado que, viviendo yo haga usted la felicidad del mismo, que hizo de su parte cuanto pudo para sepultarme, como lo dijo cien veces, en las entrañas de los buitres. ¡Ah, Marujita, quien me hubiera dado mas bién por sepulcro el vientre de una ballena en



las aguas de Flades, i no el haber de sepultarme en la fría tumba de su indiferencia!

¡Lloró en este momento el hombre que, para todo sabía verlo! Cier- to, que los hombres somos débiles, cuando el amor se convierte en un tirano del corazón, por una mujer capaz de impresionar profunden- te!

Desahogado un poco, prosiguió:

—¿Y quién es el que me puede comprar la herencia?, si mi fatali- dad es tanta que debo partir inme- diatamente i quedar mi matador triunfante?. Perdone vuestra merced que la interrogué acaso descomedida- mente, mi tormento me vuelve in- sensato i rústico.

—Escuchado he, querido Adol- fito, con la atención que Usted des- pierta cuando habla, i profunden- te conmovida no sé qué responderle: sus sentidas quejas que encierran la profunda pasión de su alma por una mujer que, si lo ama con el amor que despertara en ella en la alborada de su vida, no tiene poder para contrariar al implacable destino, que

nos ha puesto por delante el abismo de lo irremediable. Pero, no se entregue al despocho: que, pues, puede ser que terminado ese juicio, que lo hayan principiado, se nos facilite tratar de esto sin zozobras; i como de hoy de salir a Loja, por escribirme mi tío que está muy enfermo, he de aprovechar de ganarle la voluntad. Con don Juan parece terminado todo, su conducta, si por mi parte, merece gratitud, porque al fin i al cabo, del cariño nace el celo, que veo que conduce a los mayores crímenes, también desilusiona un carácter indomable. En cuanto a la herencia, puede venderla al doctor don Juan Maldonado, que tiene hasta acciones en el Banco de San Carlos en Madrid; i así, al querer usted puede tomarle una letra por la cantidad en que hagan el negocio. I en esta noche fuera conveniente hacerlo, porque temo que no me le den tiempo con la causa.

—Parece, según datos del Correo del Diablo de Madrid, que vimos anoche, que puedo pedir quinientos doblones.

Està bien dijo María, i mandó por el doctor, que vino en el acto a la llamada de la niña *Maruja*, como él también le había sabido decir, i se hizo el negocio; dejándole Adolfo un poder a ella para que reciba el precio.

Así como se fuè el doctor, se despidió Adolfo con un afectuoso abrazo, en el que entrambos lloraron, si consolándose Adolfo con la *gran promesa alcanzada*...

—¿I a dónde le escribo?

—Mi residencia es bastante al Norte de Soria, hacia la Peña Urbión, de la que a poco se descuelga el Duero, que en breve recibe al *Pajarillo*, como le llaman a un pequeño río en la vecindad de un señor del extraño nombre de Malemate, quien me vende un monte.

En ésto estaban, cuando unos precipitados golpes a la puerta de calle les interrumpió.

—¡Eh!, exclamó María: que va a ser el Sayón con los gendarmes!

Salió la Pascuala a ver, y recibió un papel:

—Un señor con gorra y espa

da-dijo-, viene trayendo este *car-  
to*.

La leen y ven que es una ci-  
tación para don Adolfo.

—No está aquí—dijo María—,  
debe de estar en la Hospedería de  
don Sancho, el que le dicen *puerco  
de oro*.

I se fué el actuario. Entre tan-  
to, lo escondió en la habitación del  
mayordomo, quien fué a llamar a don  
Prudencio, para que él, que era bas-  
tante conocedor del lugar, lo saque  
muy de mañana por unas huertas  
que, por detrás de la fábrica de pa-  
pel, se seguían.

El buen amigo no se hizo espe-  
rar, a poco llegó, i hecho cargo del  
peligro de Adolfo, se lo llevó des-  
pidiéndose con lágrimas Adolfo i Ma-  
ría, i con muestras de sentimiento i  
mucho aprecio, don Prudencio, a quien  
se lo recomendó:

—¡No le desamparará!, le dijo:  
ya no es necesaria ni la entrada en  
Albacete, como se lo ha de decir  
don Adolfo.

—A Dios, niña Marujita, dijo  
don Prudencio; a Dios, dijo Adol.

fo, i se fué llevándose en los ojos a su idolatrada María, siempre con el funesto presentimiento del fracaso de sus aspiraciones.

\* \* \*

De regreso, fue afectuosamente atendido por el señor Malemate, que le preguntó del resultado del viaje, a lo que Adolfo le contestó:

—A excepción de un buen susto que me dio un toro, que por nada me mata, i otros momentos desagradables, de los que no faltan ya en los caminos, ya en los puntos de parada, puedo decir que me fue bien: pues, en Alicante—a donde mas bien me dirigí por la carretera de Almanza—tuve ocasión de ver en la gaceta del Correo del Diablo de Madrid, que del Juzgado de Albacete, me emplazaban como heredero, i me aherre hasta la entrada en ese lugar odioso para mí; porque una excelente amiga (reprimiendo un suspiro), que tenía i ha estado viviendo en Alicante, me facilitó la cesión de mis derechos a un doctor de allí, i aun

que me perjudico mucho, se la hice en el precio de quinientos doblones.

—¿Alguna herencia?—preguntó Malemate—:tal vez ha fallecido ese desalmado del tío que me refería?.

—Exactamente, dijo Adolfo, ha fallecido seis meses atrás don Ramón, y por indagar si podía exigirle algo de mi fortuna, hice el viaje, y tocó la coincidencia de haber muerto ese hombre a quien le debo todas mis desgracias, y aun *mi muerte*, puesto que hasta me topé con ella.

—Entonces, le será fácil darme al contado el precio del monte.

—Pero, aún no recibo; dejé apoderado para que, tomando una letra a cargo del Banco de San Carlos en Madrid, cobre los quinientos doblones; pues, el cesionario ha sido accionista del Banco.

—Eso está seguro—dijo Malemate—, tiene usted cuarenta mil francos en su caja. Lo felicito de corazón I, formalizado nuestro negocio ante el Notario, ya es usted dueño del monte, en el que puede ya empezar a trabajar. I ¿Cómo fue eso

de tocarse con la muerte?.....un toro?

—Sí, señor, cambió ya mi situación, y pronto comenzaré mis trabajos, I, como le decía, un toro me salió por una playa que le han sabido llamar la Renegada, y por milagro salvé de sus embestidas.

¡—Malo, malo, no faltan malos ratos! repuso Malemate.

Dueño de la montaña, aunque sin ilusión, por el mal presentimiento de que se frustraría su enlace con María; y por asegurarse de algo para sus últimos días, como por dejarle el fruto de su trabajo a su adorada cruel ingrata, si no se casaba—reuniendo todas las fuerzas de su quebrantada constitución, se dedicó al trabajo con tal denuedo, que había de admirar al más esforzado. Así, luchando con las malezas del espeso campo, derribando árboles añosos, con el agua de los pantanos a la cintura, escapando de ahogarse a veces; acometido de las fieras, otras; encalleciendo las manos, durmiendo con frecuencia a la intemperie; comió unas veces, y otras no;

pero impulsado por los terribles desengaños de la perversidad del mundo, y del deseo de un vivir estable, como independiente y tranquilo; y convencido de que la fortuna había querido que, al remo de sus brazos y con sus ahorros adquiriese un patrimonio para su vejez, no desmayó. trabajó como un titán y triunfó.

En sus cultivos siempre se vio la estación de Mayo: "Pan y vino todo el año"; y respondiendo del fruto de su trabajo, cual una mina de oro: el piñar para extraer la resina y sus valiosos derivados, como la trementina, colofonia, creosota, vaina, nitrovaina, anilina, aceites, etc.; el olivar para las aceitunas y su aceite, y el viñedo productor de la uva y su mosto, y las sementeras de trigo, cebada, centeno, avena, garbazo, guisantes, habas, judías, remolacha de azúcar y azafrán,

I en ganado: el cerril jaca, y el bóvido de abundante leche y los bovinos de carne y trabajo, el lanar merino y ovejas de muchas variedades.

¡Era de envidiar ese gran mer-





cadol, y la incesante lluvia de pe-  
setas en una caja de unos dos me-  
tros cúbicos.

Tal es el origen del Pensil, obra  
del carácter de nuestro combatido A-  
dolfo, ya visto allí, escribiendo su  
autobiografía.

Que ella sirva de ejemplo a to-  
dos es el deseo de su mal copista:  
que todo hombre sepa encerrarse en  
su espíritu, para acertar con su des-  
tino temporal; porque si un *Adolf*  
*fo* no pudo ser doctor, menos de-  
be empeñarse en ello el que nació  
para el *arado*.

Pues: 'Pocos saben librarse de  
los males de la vida, y el destino  
se burla de las cuitas de los  
ineautos'.

FIN



